

CULTURA VS. DESARROLLO EN EL CONTEXTO RURAL DEL AREA  
ANDINA

Por: HERACLIO BONILLA

Serie Documentos de Trabajo

Noviembre, 1984

N° 61



CULTURA VS. DESARROLLO EN EL CONTEXTO RURAL  
DEL AREA ANDINA (x)

Heracio Bonilla (xx)

I. LAS PREMISAS TEORICAS

Antes de examinar con cierto detalle los términos en que se diera el debate entre los conceptos de cultura vs. desarrollo en el contexto de la región andina, importa precisar el significado otorgado a cada concepto. Pienso que esta precisión es importante porque permite al lector comprender las implicancias precisas que encierra cada vocablo en países caracterizados por una presencia significativa de población campesina-indígena.

En los comienzos de la década del 60 del presente siglo, las Ciencias Sociales inscribieron en su agenda de trabajo la explicación de las causas del atraso económico y de la pobreza en que se debatían las grandes mayorías nacionales, en un momento en que en vastas regiones del mundo subdesarrollado de hoy las masas populares irrumpían para cancelar de manera definitiva los lazos de dependencia colonial que aún las ataba a algunos centros del poder imperial. El objetivo, por consiguiente, era partir de un diagnóstico preciso del atraso para avanzar después al diseño de un conjunto de políticas encaminadas a la cancelación de la pobreza. En ese contexto las principales perspectivas de análisis pueden ser agrupadas dentro de las cuatro principales corrientes: la modernización, los estadios del desarrollo, las tesis de la

---

(x) Documento preparado para el proyecto de investigación sobre "Cultura y Desarrollo Económico de América Latina", coordinado por el Programa de Estudios conjuntos sobre Integración Latinoamericana (Programa ECIEL) y financiado por el programa para la promoción de la UNESCO.

(xx) El autor es Jefe del Departamento de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú y miembro del Instituto de Estudios Peruanos.

CEPAL y la teoría de la dependencia. Si bien alguna de ellas formuló una alusión explícita de la "cultura", la revisión de las propuestas -- que formularon es importante para entender el sentido del alegato que la Antropología académica comenzó a difundir en esos años en reacción a las tesis de esas corrientes.

La teoría de la modernización sostenía la existencia de una dicotomía entre las sociedades "tradicionales", de una parte, y de las "modernas", de otra, y asumía como supuesto de que todas las sociedades humanas eran idénticas dentro de un estadio y que su sucesivo avance -- las convertía justamente en "modernas".

Ese tránsito, se concluía, era medible a través de variables económicas, pero para que ocurriera era indispensable que ciertos supuestos, tanto económicos como sociales, se dieran. Esta constatación de la necesidad de los requisitos sociales para la mutación no hacía sino traducir el creciente malestar entre los científicos sociales que nacía del hecho de que varios grupos humanos eran al parecer impermeables a los solos cambios económicos inducidos. Por consiguiente, la ruta hacia la modernización sería más fácil entre aquellos pueblos que mostraron una mayor propensión a aceptar la validez de ciertas normas y valores que eran reputados como modernos, y entre los que podían contarse -- por ejemplo la propensión al riesgo, la valorización objetiva de logros el reconocimiento al status adquirido, etc. Muy pronto, por lo mismo, estos análisis terminaron en el establecimiento de inventarios de culturas con rasgos tradicionales y donde sería necesario introducir cambios inducidos enderezados a su desplazamiento. Los académicos aún recuerdan los esfuerzos desplegados por Bert Hoselitz<sup>1/</sup> con el propósito de dar una formulación teórica a esta dicotomía y, en América Latina, los intentos realizados por Gino Germani para explicar en un vocabulario -- parsoniano las circunstancias en que una sociedad tradicional se convertía en una sociedad de masas<sup>2/</sup>.

1/ Bert Hoselitz, *Sociological Aspects of Economic Growth* (New York: -- Free Press, 1960).

2/ Gino Germani, *Política y Sociedad en una Epoca de Transición* (Buenos Aires: Paidós, 1962).

Pero los críticos rápidamente señalaron que en realidad las sociedades agrupadas bajo el rubro de tradicionales lejos de ser homogéneas presentaban entre unas y otras profundas diferencias y, también, que no todas las sociedades avanzadas compartían un idéntico grado de modernidad. Y si bien algunos en sus enunciados fueron útiles, particularmente la insistencia de que el desarrollo era el resultado de un proceso integral, la teoría de la modernización quedó confinada a un esfuerzo de carácter clasificatorio y a un inventario de rasgos reputados como tradicionales o modernos.

Otro enfoque que gozó de cierto éxito fue la que enfatizaba la existencia de "estadios" en el proceso de desarrollo económico y su principal exponente fue W.W. Rostow con sus Stages of Economic Growth: a Non-Comunist Manifesto (Cambridge: Cambridge University Press, 1960). Rostow reconocía cinco estadios en el proceso de tránsito de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas, y que el momento decisivo del ascenso resultaba de la convergencia de un conjunto de factores al punto que de ahí en adelante el crecimiento era autosostenido. Un enfoque tan mecánico y que en el fondo escindía a todas las sociedades humanas en dos simples bloques: las sociedades industriales y las que no lo eran, encontró el rechazo y el cuestionamiento de algunos de los más importantes historiadores de la economía<sup>3/</sup>.

Otra de las tesis que gozó de gran aceptación, en gran parte porque su formulación estuvo inspirada en las peculiaridades de la realidad latinoamericana, fue la enunciada por la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), inmediatamente después de la II Guerra y bajo la dirección del economista argentino Raúl Prebisch. Lo esencial de sus argumentos, como se recuerda, parte de un cuestionamiento a la validez de la teoría de las ventajas comparativas en el comercio internacional cuando se trata de la América Latina. Y que más bien, en el caso de la América Latina su reingreso con fuerza al mercado internacional

3/ Paul Baran y Eric Hobsbaw, "The Stages of Economic Growth" Kyklos (1961) Basel, vol. XIV, fasc. 2.

desde la segunda mitad del Siglo XIX la había conducido a un permanente deterioro de sus términos de intercambio, es decir que con el valor de venta de sus productos se compraba cada vez menos. Este deterioro, según Prebisch, era debido a que la elasticidad de la demanda por bienes primarios era diferente a la elasticidad de la demanda de bienes manufacturados y a que las ganancias en el incremento de la productividad estuvieron desigualmente repartidas en el centro y en la periferia. Y que en ese contexto era por consiguiente natural observar ciertos niveles de crecimiento de las economías latinoamericanas, cada vez que los lazos de subordinación de la periferia con el centro se debilitaban. De aquí, entonces, que la CEPAL recomendara como política para corregir las distorsiones impuestas por el comercio internacional y para promover el crecimiento, que los Estados de la región reemplazaran el "crecimiento hacia afuera" por el "crecimiento hacia adentro", a través de las políticas de industrialización por sustitución de importaciones.

Los resultados de esta política, sin embargo, estuvieron lejos de ser satisfactorios. No sólo porque se agravaron los problemas de la balanza de pagos, sino porque se incrementó el grado de penetración del capital extranjero, al mismo tiempo que la participación de las masas populares en las esporádicas ganancias del crecimiento se reducía cada vez más.

De las tesis de la CEPAL a la teoría de la dependencia no existía, por lo que se acaba de exponer, sino un corto trecho que fue rápidamente recorrido. La teoría de la dependencia es una de las últimas proposiciones para diagnosticar el atraso que la realidad latinoamericana inspira. Y si bien las más heterogéneas posiciones se cobijan bajo ese marco genérico, hay un consenso en reconocer en el libro escrito en 1969 por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto como su obligado punto de partida<sup>4/</sup>.

Desde 1969 hasta la fecha, la teoría de la dependencia ha me-

---

4/ F.H. Cardoso y Enzo Faletto, Dependencia y Desarrollo en América Latina (México: Siglo XXI, 1969).

recido innumerables críticas como elogios. Y la razón central obedece no sólo a que reconoce un hecho histórico obvio, es decir la subordinación de la América Latina frente a los países dominantes, sino también a su profunda ambigüedad.

Si por dependencia se alude a un tipo de relación no hay lugar para el desacuerdo, pero si por el contrario se alude a un tipo específico de estructura o de estructuras vigentes en los países subdesarrollados, es indispensable constatar que hasta ahora es muy poco claro cómo se ordenan esas estructuras y en qué consisten. Y en términos de recomendaciones de política, igualmente, es la misma ambigüedad la que se reitera. Aún más, las investigaciones históricas que se realizaron para verificar algunos de sus postulados terminaron demostrando que los obstáculos al crecimiento más significativos eran internos y no externos.

Pese a todo, con la teoría de la dependencia, empezó a aliviarse el problema de la cultura. Y esa propuesta partía del supuesto que la dependencia económica no sólo tenía repercusiones materiales sino también se traducía a nivel de la cultura y de la ideología. Y que, asimismo, el establecimiento de los lazos de dependencia era favorable en gran parte por actitudes proclives al reconomiento de la superioridad foránea<sup>5/</sup>.

Este fue el contexto en el que florece la propuesta antropológica de raíz culturalista y que abiertamente cuestiona el alegato de cambios económicos que no tomen en cuenta la idiosincracia de los pueblos. La idea implícita era muy sencilla. Cada pueblo se forja una cultura la cual a su vez configura un todo coherente. Por consiguiente, cualquier cambio desde fuera puede alterar el equilibrio, y este riesgo es aún mayor si se desconoce la función que esa cultura tiene para los nativos. Para un foráneo algunas de esas manifestaciones culturales pueden ser incluso aberrantes, pero nada autoriza a creer que los nati-

<sup>5/</sup> Como un ejemplo ilustrativo, véase Augusto Salazar Bondy "La Cultura de la Dominación", en José Matos et.al., Perú Problema 1 (Lima: IEP, 1970, 2da. ed.) pp. 73-98.

vos comparten esta opinión y que esa supuesta aberración pueda ser más bien fuente de gratificaciones para los últimos. El corolario práctico de tales supuestos terminó configurando los diversos tipos de Antropología "aplicada", disciplina que encontró una vertiente de acción a través de los diversos programas de desarrollo de la comunidad que se establecieron particularmente en aquellos países con una densa población indígena. Y es que no sólo se trataba de inducir "científicamente" el cambio, sino también se partía de la creencia que tales cambios controlados eran el mejor antídoto en contra de la rebelión generalizada de las masas. Era conmovedor observar, en este contexto, como hasta algunos de los más reputados antropólogos, se vieron obligados a dar -- consejos inspirados en su disciplina, donde el sentido común sobrepasaba a la ciencia, para todo aspirante a experto en desarrollo de la comunidad<sup>6/</sup>.

En resumen, lo que dejó en claro aquella animada discusión de la década de los 60 sobre la relación entre "cultura y desarrollo" fue el reconocimiento de que algún tipo de vinculación existía entre ambos, pero bajo ningún modo la direccionalidad de esta relación. Más aún, -- frente a la vaguedad de un concepto como "cultura", las proposiciones -- de los economistas, aunque adolecían muchas veces de una simplicidad conmovedora, tenían por lo menos la ventaja de la claridad. Ocurrían, en la práctica, como si la impotencia en dar cuenta en términos económicos del por qué ciertos grupos sociales son más resistentes a los cambios -- que otros, creaba una zona de penumbra en el conocimiento donde el concepto o la explicación cultural encontraba una cabida conveniente. Pero por un acto de concesión y de renuncia más que como consecuencia de la presentación ordenada de un conjunto de razonamientos que un determinado tipo de cultura era un freno al crecimiento.

<sup>6/</sup> Entre los numerosos libros de esta naturaleza merece citarse, por ejemplo, G.M. Foster, Las Culturas Tradicionales y los Cambios Técnicos (México: Fondo de Cultura Económica, 1964).

Por otra parte, la convincente argumentación antropológica de la relatividad cultural terminó conduciendo a algunos expertos en problemas del desarrollo a sostener que esa reconocida o supuesta barrera que algunos grupos presentaban al cambio social en esencia no estaría sino manifestando su proclividad hacia otro tipo de desarrollo, es decir que elementos significativos de esa cultura tradicional podían ser movilizados con eficacia para promover un crecimiento más compatible con la peculiaridad de aquellos grupos, crecimiento que además tendría la ventaja de estar al alcance del tamaño de sus economías porque la escasez de recursos podía ser compensada con una participación más activa de la población al encarnarse el concepto de desarrollo dentro de los parámetros de su propia cultura.

Esta última argumentación, que en parte es asumida en los términos de referencia del presente Proyecto coordinado por ECIEL y UNESCO no estaba ciertamente desprovista de evidencias o "casos" observables. Basta citar sólo dos ejemplos tomados del contexto peruano. Uno de ellos se refiere a la evidente constatación que todo observador atento puede realizar en las antiguas barriadas y hoy pueblos jóvenes asentados en los alrededores de Lima. De haber sido barracas miserables en la década de los 50, en esas áreas es posible encontrar ahora en su lugar, es decir en el espacio de una sola generación, viviendas que ciertamente no gozan del confort de las casas residenciales, pero que al menos cuentan con una estructura más sólida y con condiciones más decorosas. El otro se refiere a las denominadas comunidades "de punta", es decir a aquellos pueblos de campesinos indígenas que lograron escapar a la miseria que agobia a agrupaciones similares como resultado, se nos dice, de haber movilizado en pos de una meta económica los mecanismos de ayuda recíproca y de solidaridad comunal incorporados en las culturas tradicionales. No obstante lo que estos casos representan, los análisis hasta ahora realizados sobre sus logros siguen siendo poco afortunados en sus esfuerzos de integrar las dimensiones culturales como variables explicativas que sustituyan a los propios mecanismos económicos. Esto sin mencionar una situación no menos importante: la profunda diferenciación existente en las comunidades terminan produciendo un desigual acceso a estos logros colectivos mientras que el avance generacio-



nal alcanzado en las familias de los pueblos jóvenes o se detiene o retrocede cuando el conjunto de la economía atraviesa por dificultades cada vez más serias.

El presente trabajo, por consiguiente, trata de examinar con más cuidado las circunstancias en que la cultura puede promover el crecimiento económico de ciertos grupos y para lo cual se hace uso tanto de la perspectiva histórica como de las evidencias presentadas para los estudios antropológicos. Pero al mismo tiempo sugiere las limitaciones de este crecimiento a partir del estudio de las erosiones y de los cambios culturales que a su vez se <sup>han</sup> producido tanto como consecuencia del proceso económico recorrido por la región andina, como por los impases derivados de la fragmentación interna.

## II. LA CULTURA EN EL CONTEXTO DE LOS ANDES

La elección de los Andes como terreno de análisis de la interacción entre los conceptos de cultura y desarrollo es particularmente relevante. Como es conocido, la región andina fue la sede de una de las más altas y originales civilizaciones que se desarrollaron antes de la invasión hispánica y cuyos rasgos aún se mantienen en el seno de la población indígena pese a las centurias de colonización y opresión. En este contexto debe recordarse que en los espacios rurales de los Andes, las dos instituciones sociales y económicas más significativas son, por una parte, el gran latifundio y, por otra, la comunidad de campesinos indígenas como núcleo que agrupaba dentro de estos poblados a un conjunto de familias indígenas y donde ciertos hábitos de carácter colectivo aún subsistían. Y si bien la reforma agraria de 1952 en Bolivia y la de 1969 en el Perú significó la cancelación del viejo sistema en hacienda, no es posible negar sin embargo un proceso en marcha de reconstrucción de la gran propiedad. Antropólogos e indigenistas, por consiguiente, coincidieron en señalar que no sólo el desarrollo era posible, sino que ese desarrollo debía apoyarse en la presencia organizada de esas células campesinas. Ciertamente que este no es un debate terminado, pero su correcta comprensión nos obliga a examinar el proceso de constitución

de esta realidad rural, a fin de otorgar un asidero más concreto a las diferentes teorías propuestas sobre cultura y desarrollo.

La región andina, como se dijo más arriba, fue conjuntamente con Mesoamérica, la sede de las dos culturas más altas que existieron antes de la Conquista española. Por consiguiente, el ordenamiento colonial que España es ablece a raíz de la Conquista pudo aprovechar la energía de estos campesinos, pese al brutal despoblamiento, al ser asignada de manera eficiente su fuerza de trabajo a las principales empresas económicas establecidas por los Españoles. Pero para que esto fuera posible, y además en función a la peculiar concepción que tuvieron los Conquistadores de cómo debía estar ordenada la sociedad colonial, quienes lograron sobrevivir a la hecatombe provocada por la Conquista fueron agrupados en pueblos de indios. Estos agrupamientos fueron, por consiguiente, no solo pueblos para indios y de donde estuvieron excluidos españoles y miembros de otras "castas" sino que también actuaron en la práctica como virtuales reservorios de mano de obra. Cada una de las familias que residía en estas "reducciones" fue dotada de recursos en tierra y animales en propiedad individual, al mismo tiempo que también se les entregaba, en las afueras de cada pueblo, extensas zonas de cultivo y pastizales para la explotación colectiva.

En los Andes estas comunidades subsisten hasta hoy. En el caso del Perú se calcula que existen más de 3,230 comunidades, con una población aproximada de 2.8 millones de habitantes, es decir, más de 650,000 familias y cuya fuerza laboral bordearía el millón de comuneros. Utilizan 8.6 millones de hectáreas que corresponden al 29% de las tierras cultivables y de pastos naturales. La mayor parte de comunidades se encuentra entre los 2 mil y 4 mil metros de altura y cada familia posee en promedio 3.9 vacunos, 12.1 ovinos y 2.5 auquénidos. Contribuyen al producto bruto interno con aproximadamente el 3 al 4%, lo que constituye entre el 27% a 28% del producto agropecuario, por tanto su productividad es muy baja respecto a su fuerza laboral, que representa más del 20% de la fuerza laboral nacional. Su participación en el ingreso nacional oscila entre 2 y 4%, esto significa que son los más pobres en

la pirámide de ingresos. La mayor parte de las comunidades se halla en la sierra, y particularmente en la sierra sur y cuya especificidad se -- debe, en gran medida, al carácter semimercantil y no capitalista de la -- producción comunal.<sup>7/</sup>

Es en torno a la presencia de estas comunidades y a su signifi- ficación que básicamente gira la discusión en la región andina entre de- sarrollo económico y las bases culturales que la sustenta, debate que pe- se a tener varias décadas no ha permitido obtener ninguna conclusión cla- ra como consecuencia de la carga ideológica con que se entablara. Mien- tras que para unos, al igual que los populistas rusos, estas comunidades ya anunciaban el socialismo y garantizaban el tránsito a una sociedad su- perior ahorrándose los horrores del capitalismo<sup>8/</sup>, para otros se trataba más bien de grupos donde la desigualdad entre sus miembros se encontraba ya instalada como consecuencia de un prolongado proceso de diferencia -- ción social y de la inserción asimétrica de estas comunidades al sistema económico<sup>9/</sup>.

Y es que la creación de las comunidades de indígenas en la dé- cada de los 70 del siglo XVI era apenas al comienzo de una serie de cam- bios de los cuales los pobladores rurales de los Andes iban a ser los -- principales protagonistas. Para comenzar, las "reducciones" de indíge- nas empiezan como un proceso de fragmentación de las lealtades existen- tes entre los grupos étnicos antes de la Conquista. Más aún, esa frag- mentación reproducida en cada uno de los niveles de la sociedad colonial fue la premisa para que se ejerciera la dominación política impuesta por

7/ Efraín Gonzáles de Olarte, Economía de la Comunidad Campesina (Lima: IEP, 1984), p. 17.

8/ Véase, por ejemplo, Luis E. Valcárcel, Tempestad en los Andes, (Lima: Ed. Minerva, 1927).

9/ Marcelo Grondin, Comunidad Andina: Explotación Calculada (Santo Domín- go: Secretaría de Estado de Agricultura de la República Dominicana, 1978).

la Metrópoli española. De otro lado, de su proceso de articulación con las principales empresas económicas del sistema colonial muy pronto emergieron una serie de cambios que profundizaron las diferencias internas - que ya existían en el momento de su creación. Por ejemplo, la población indígena de las comunidades ubicadas en los valles del litoral costero - muy pronto desaparecieron, en algunos lugares incluso de manera completa, obligando que muchos terratenientes recurrieran a la importación masiva de población africana en condición de esclava. Por otra parte, la población indígena ubicada en las comunidades asentadas en la serranía del -- norte, ante la existencia de un mercado, alternativo como era Potosí, inició un proceso de migración orientada hacia el sur, originando que en los Andes meridionales surgiera una diferenciación campesina traducida - en la dicotomía entre indios "originarios" e indios "forasteros", siendo los últimos el resultado de este proceso de desplazamiento. Para el altiplano boliviano por ejemplo, el profesor Sánchez Albornoz encontró que a fines del siglo XVIII de cada 4 indígenas 3 eran forasteros y uno solo originario<sup>10/</sup>. Finalmente, a la diferenciación anterior hay que añadir la emergencia de un minoritario pero significativo grupo de familias campesinas dotadas con los recursos económicos suficientes como para incluso exonerarse de la obligación de la mita mediante la entrega al empresario minero del equivalente del jornal que hubiera percibido de haber ido a trabajar a Potosí.

Si a todo lo anterior se añade el esfuerzo desplegado por la Corona para garantizar que los recursos económicos de cada comunidad sirvieran para la reproducción de la fuerza de trabajo de sus miembros, prohibiendo hasta donde era posible su denegación por los poderosos locales, es posible entender que una parte importante de estos pueblos de indígenas devinieron en las células de refugio y de resistencia de la cultura indígena y que en la práctica lo indio fuera una creación colonial en tanto era la expresión de resistencia de esta población ante su opresión. José María Arguedas, a este respecto, encontró en su trabajo antropológico realizado en la provincia de Zamora, estrecho paralelismo entre

<sup>10/</sup> Nicolás Sánchez Albornoz, Indios y Tributos en el Alto Perú (Lima IEP, 1978).

## Las comunidades de España y del Perú.<sup>11/</sup>

Con la independencia, y en consecuencia con la ideología liberal que animaba a los protagonistas de este proceso, las dificultades de las comunidades campesinas se hicieron aún más intensas. En efecto, una de las características de la organización colonial de la comunidad campesina en lo que concierne al régimen de tenencia de la tierra, eran los obstáculos existentes para la transferencia de estas parcelas por parte de los campesinos a terceros. Este impedimento, asociado a los que gravaban a los grandes latifundios, en la práctica impedían la formación de un mercado de tierras y la conversión de estos países ahora independientes en república de pequeños propietarios. Es ese problema que la decisión de Bolívar de 1824 intentó resolver, al facultar a cada familia campesina que pudiera libremente vender la tierra a terceras personas. En efecto, el artículo 2 del decreto del 8 de abril de 1824 promulgado por Bolívar en Trujillo, luego de proclamarlos propietarios de las tierras que venían usando, los facultaba a venderlas o a alienarlas bajo cualquier forma. Parece que la conmoción producida por esta decisión fue tan grande que las autoridades peruanas se vieron casi inmediatamente obligadas a suspender su aplicación por 25 años. Es poco probable pensar que baste un decreto ley para impulsar los cambios en los sistemas sociales y en ese sentido el decreto de Bolívar no dejó de ser sino una amenaza latente, tanto más que el estancamiento de las economías de los países andinos hasta los inicios de la segunda mitad del Siglo XIX, al no estimular una mayor demanda de fuerza de trabajo, permitió que los campesinos indígenas pudieran disponer de más tiempo para la atención de sus propios recursos. Pero esta situación no duraría mucho tiempo.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, y de manera sucesiva, el Perú con el guano, el Ecuador con el cacao, y Bolivia con la

<sup>11/</sup> José María Arguedas, Las Comunidades de España y el Perú (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1968).

plata, empiezan a fortalecer de nuevo el sector exportador de sus economías. En algunos casos, como en el Perú con el algodón y con el azúcar es decir con los productos agrícolas cuya exportación en gran parte fue preparada por el guano, la vocación exportadora de estas economías implicó que las tierras dedicadas antes al cultivo de productos para el consumo fueran ahora incorporadas a la exportación dada las altas tasas de ganancia. De este modo, las tierras del interior, donde estaban precisamente ubicadas la gran mayoría de las familias campesinas, fueron asignadas a la producción para satisfacer la demanda de los mercados internos, ahora que las mejores tierras estaban especializadas en la producción de bienes destinados al mercado internacional. Pero en el marco de un sistema agrario en el cual la expansión física de la producción era una función sea de) añadido de nuevas unidades de tierras o de nuevas unidades de trabajo, o de ambas a la vez, era esperable que la respuesta de la -- clase propietaria local frente a las incitaciones del mercado los llevara pronto a la necesidad de expandir la frontera agraria de sus haciendas y/o a aumentar el volumen de sus trabajadores dada la naturaleza no-capitalista de las unidades productivas con las cuales operaban. En uno como en otro caso, es decir tratándose de la captación de mayor fuerza de -- trabajo o del ensanchamiento territorial de la hacienda, aquello sólo podía ser obtenido a costa de la expansión de esas grandes propiedades sobre los recursos de las comunidades campesinas aledañas. Era recién en ese contexto, por consiguiente, que decisiones tomadas sobre las comunidades campesinas, como las de Bolívar en 1824, empezaban a encontrar su plena significación.

No existe hasta la fecha una evaluación cuidadosa de los trastornos producidos por este proceso sobre las comunidades. El caso límite está representado, sin duda, por la "política agraria" de Mariano Melgarejo, el presidente boliviano quien durante su gestión entre 1864 y 1870 transfirió a sus familiares y amigos tierras de comunidades por un valor de 1'250,000 pesos<sup>12/</sup>. No fue ciertamente el único caso, aunque - estudios recientes tienden a señalar el carácter reversible de estas me-

12/ Heraclio Bonilla, Un Siglo a la Deriva (Lima: IEP, 1980) pp. 109-150.

didadas, sugiriendo más bien para el caso de Bolivia que las comunidades, pese a todos los acechos que tuvieron que enfrentar, fueron mucho más estables de lo que usualmente se supone. Y esta estabilidad estaría probada por el volumen de población tributaria que pudieron mantener en su seno, así como la proporción entre haciendas y comunidades que nunca fue desfavorable a las últimas<sup>13/</sup>.

El proceso de expansión del sector externo de las economías de los países andinos iniciado desde el último tercio del Siglo XIX con la producción para el mercado internacional de los productos mencionados continuó hasta la crisis de 1929, si bien los productos exportados no fueron siempre los mismos. El caso más notable fue la sustitución de la plata por el estaño en el caso de Bolivia y, en el caso del Ecuador, los inicios del reordenamiento de la agricultura de la costa aparejado a la paulatina sustitución del cacao por el banano. Y en este proceso, correspondió a los años de la Primera Guerra Mundial gestar la coyuntura decisiva para la consolidación de estos peculiares sistemas económicos que la literatura sociológica de la América Latina ha denominado, a falta de un concepto más riguroso, los enclaves. En efecto, la demanda de los países envueltos en el conflicto bélico produjo un alza significativa de los precios de las materias primas que los países andinos exportaban, creándose así las bases financieras para la expansión de estas empresas sobre las tierras y la fuerza de trabajo de la población indígena. Al mismo tiempo, en el marco de las relaciones internacionales el desgaste británico y el ascenso de la economía norteamericana a una posición hegemónica, asociado además a la apertura del Canal de Panamá, terminó por desplazar el circuito de los mercados de productos y de capitales desde Inglaterra hacia los Estados Unidos. Lo más significativo en este proceso fue ciertamente el ingreso de los capitales norteamericanos a la región, los cuales, a diferencia de lo que venía ocurriendo con los capitales ingleses, lo hicieron desde sus inicios bajo la forma fundamental de inversiones directas, controladas de manera muy estrecha por las empre-

---

13/ Erwin Grieshaber, "Survival of Indian Communities in Nineteenth Century Bolivia" (Ph.D. Dissertation, University of North Carolina, 1977).

sas norteamericanas, hecho que igualmente ayudó a profundizar la segmentación espacial y social de los países de la región y a consolidar el modelo primario-exportador. Por eso en el caso del Perú, así como también en Bolivia y en Ecuador, aunque en menor medida en este último caso, el primer tercio del Siglo XX fue el escenario de un fantástico proceso de movilización campesina. Departamentos enteros, como los del sur en el caso del Perú, se convirtieron en una gran hoguera rural donde campesinos de comunidad con las armas a su alcance protestaron frente al despojo de las tierras que, con razón o sin ella, reclamaron siempre como suyas. Fue tal la envergadura de esta protesta que la Constitución de 1920 promulgada por el Presidente Augusto B. Leguía se vió obligada a reconocer la existencia jurídica de la comunidad, es decir a casi un siglo de distancia después de que Bolívar en Trujillo tomara la decisión de suprimirla.

Pero esta movilización campesina de la década de los 20 tuvo igualmente otras consecuencias, algunas de las cuales están directamente entroncadas con la reflexión sobre el destino de países como el Perú y sobre la factibilidad de su desarrollo. La presencia campesina, visualizada por las clases dominantes ahora como "problema" y cuyo vigor era demostrado en las reiteradas movilizaciones fue, como se sabe, el telón de fondo, la fuente de la cual la plástica, las novelas, la pintura del Perú, Bolivia y el Ecuador se nutrió de manera constante. Las novelas indigenistas, por ejemplo, convirtieron en un leit-motiv la denuncia permanente de las expropiaciones a que eran sujetas familias y comunidades campesinas por los poderosos locales. No otro es el sentido de los trabajos de un Icaza, en el Ecuador, en un Lara, en Bolivia, o de un Ciro Alegría, en el caso del Perú. Ciertamente que la visión ofrecida no siempre fue la correcta y la más balanceada, porque en ese mundo maniqueo que bosquejaban siempre los poderosos y la sin razón estuvieron de un sólo lado. Con todo, estos testimonios literarios fueron incrementando las canteras de un debate que muy pronto adquirirá una trascendencia nacional, es decir la de la viabilidad económica y política de países como los de los Andes que contaban no sólo con una población étnicamente heterogénea sino que también eran profundamente desintegrados internamente. Este debate, y es esto lo que en definitiva importa subrayar, ciertamente no sólo que



hace parte de la historia de las ideas sino que en los términos en que fue planteado conserva aún su permanente actualidad. En los Andes en la década de los 20 y los 30 no sólo se forja aquello que de una manera u otra se identifica con su cultura nacional, sino que se inscriben en la agenda de la reflexión y de la acción un conjunto de problemas que atañen al destino nacional de estos países en términos tanto económicos como políticos. Y esa reflexión es ciertamente relevante para los propósitos del presente trabajo.

En la víspera de la crisis de 1929, por consiguiente, el paisaje económico y social del Perú había cambiado. De una economía basada en la segunda mitad del Siglo XIX sólo en la exportación del guano, se tenía ahora otra donde el sector importante seguía siendo el sector exportador pero con una composición más diversificada. No sólo se exportaron algodón y azúcar, sino también minerales como el cobre y el petróleo. Por otra parte, el espacio económico era ahora mucho más fragmentado que antes, porque cada producto para la exportación era efectivamente específico de una región. No sólo que los eslabonamientos internos eran débiles, sino que se trataba también de unidades productivas muy modernas, con tecnología avanzada y con una alta concentración del capital. El capital era, sobre todo en el sector minero, básicamente extranjero y cuyo ingreso bajo la forma de inversiones directas había permitido la desnacionalización y la monopolización de los recursos. Alrededor de estos "enclaves" capitalistas, seguían subsistiendo las haciendas tradicionales y las comunidades campesinas, las primeras forzadas ahora a producir excedentes para satisfacer la demanda de los mercados locales y cuyo éxito dependía de su capacidad de apropiarse de tierra y de fuerza de trabajo de las comunidades. La respuesta, como se ha visto, fue la movilización masiva de estas últimas.

En el escenario previo a la crisis de 1929, los campesinos indígenas a través de sus movilizaciones recordaban de manera drástica a los sectores dominantes del país que su supresión jurídica no había significado su supresión real sino lo contrario, al mismo tiempo que revelaban los límites de ese tipo de crecimiento económico: vulnerable frente a los cambios del mercado internacional y cuyos frutos no sólo eran desi

gualmente repartidos sino que el mismo crecimiento del sector exportador exigía el respaldo asimétrico de las economías tradicionales. En ese -- contexto ¿por qué no pensar entonces, como los "indigenistas", que había que cambiar el estilo del desarrollo y buscar más bien en la activa comu-- nidad de indígenas la base desde dónde alcanzar metas económicas y socia-- les distintas?

Mucho se ha discutido sobre la relevancia y, sobre todo, la a-- plicabilidad del ideario indigenista como un programa de reforma social<sup>14/</sup>. Hoy es claro que el "indigenismo" más que un programa fundado sobre un -- conocimiento preciso de la realidad rural fue más que todo la protesta -- encendida de un grupo de intelectuales mestizos ante el cuadro de explo-- tación y miseria de las mayorías rurales. No pasaron, entonces, de ser un grupo de opinión, de presión si se quiere, desprovistos de toda posi-- bilidad práctica de implementar sus ideas en la medida en que estaban -- completamente solos y con ninguna posibilidad de acceder al poder.

Fueron mucho más serias, en ese contexto, las ideas (y los par-- tidos que se inspiran y se organizan en torno a ellas) de un José Carlos Mariátegui y de un Víctor Raúl Haya de la Torre. Ciertamente que no es este el lugar para reconstruir de manera completa las tesis de ambos pen-- sadores. Basta señalar que para el autor de los 7 Ensayos de Interpreta-- ción de la Realidad Peruana<sup>15/</sup> sólo el socialismo podía cancelar los ves-- tigios de la opresión feudal que aún existían en el Perú y que en el ca-- so de la miseria indígena su solución estaba íntimamente vinculada al -- problema de la redistribución de la tierra. Para todo ello era indispen-- sable la revolución, pero la revolución para Mariátegui sería exitosa y contaría con una mayor capacidad convocatoria en tanto estuviese dotada de un mito que arrastrase a las clases populares tras de un ideal. Y -- ese mito, en el sentido soreliano, estaba justamente representado por --

14/ Véase por ejemplo, Manuel Aquézo Castro (ed.), La Polémica del In-- dinenismo (Lima: Mosca Azul, 1976).

15/ José Carlos Mariátegui, 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad - Peruana (Lima: Editorial Amauta, varias ediciones).

los indios y su cultura.

El planteamiento de Haya de la Torre y del APRA de sus inicios es distinto. Para Haya de la Torre el socialismo en un país que contaba con una diminuta clase obrera era impensable, y que por lo tanto había más bien que propugnar que un frente de obreros manuales e intelectuales, bajo la conducción de la clase media, asumiera el control del Estado, el cual debía ser un Estado antimperialista a fin de controlar los efectos nocivos de la penetración del capital extranjero en la economía. Pero para Haya de la Torre era también necesario fortalecer y tecnificar la comunidad de indígenas y en esa medida alegó con mucha convicción en contra del latifundio. Mas tarde, sin embargo, cuando Haya de la Torre y el APRA empiezan a cambiar en función de las mutaciones de la sociedad peruana irán también abandonando sus postulados iniciales.

El impacto de la crisis de 1929 cambiará en gran medida los parámetros de esta discusión y el paisaje de la economía peruana. La contracción de los mercados, traducida en la brusca caída de los precios del azúcar y de los metales de exportación, obligaron a muchos empresarios a despedir trabajadores como una forma de reducir los costos y enfrentar la crisis. Por otra parte, para un Estado que dependía en un 56% de su gasto público de los préstamos de la banca americana, la súbita suspensión de estos créditos fue la fuente de dificultades incontables. Pero el problema no era sólo de carácter económico. La crisis, una vez más, ponía al orden del día los mayores temores que se tenía sobre el desempeño de una economía como la peruana que era totalmente vulnerable a los impactos del mercado internacional. Por otra parte, el contexto de la crisis no sólo avivó la acción de nuevos actores políticos, como por ejemplo el proletariado tanto urbano como industrial y cuyo nacimiento estuvo aparejado a la instalación de los grandes enclaves de comienzos de siglo, sino también reforzó las reivindicaciones de la población indígena. Por si todo esto fuera poco, la aparición de nuevos partidos políticos como el APRA y el Partido Socialista, permitió que las masas populares pudieran encauzar sus demandas dentro de canales partidarios y dotar a su protesta de un mensaje más articulado.

Entre 1929 y 1932 fueron todas esas fuerzas las que se enfrentaron en medio de la bancarrota financiera y la crisis política más aguda de la historia del Perú moderno y cuyo desenlace fue la derrota de los sectores populares.

Esta derrota devuelve a la clase dominante la iniciativa para resolver los problemas generados por el tipo de crecimiento de la economía peruana y que justamente la crisis de 1929 elevaba a su mayor dramatismo. Para la clase dominante no sólo que las masas indígenas eran ahora un factor de perturbación, sino que su sola presencia era una desgracia para el Perú y que por consiguiente representaba un problema que era indispensable resolver. En las voces de sus más calificados ideólogos, como Riva Agüero, era posible encontrar frases como esta? "(...) en el criollismo la raza española degeneró en sus caracteres (...) (debido) a la influencia del clima y a la prolongada convivencia con razas inferiores"<sup>16/</sup>. De la misma manera, en 1937, Alejandro Deustua no tendrá mayores reparos en recomendar medidas que bordean el genocidio simple. Dice, en efecto:

"El Perú debe su desgracia a esa raza indígena que ha llegado, en su disolución psíquica, a obtener la rigidez biológica de los seres que han cerrado definitivamente su ciclo de evolución y que no han podido transmitir al mestizaje las virtudes propias de razas en el período de su progreso. Es doloroso reconocer este hecho, pero es necesario reconocerlo para plantear el problema de la educación indígena dentro de los términos que la experiencia ofrece. Está bien que se utilice las habilidades mecánicas del indio mucho mejor que se ampare y defienda contra sus explotadores de todas especies y que se introduzcan en sus costumbres los hábitos de higiene de que carece. Pero no debe irse más allá, sacrificando recursos -- que serán estériles en esa obra superior y que serían más provechosos en la satisfacción urgente de otras necesidades sociales. El indio no es ni puede ser sino una máquina. Para hacerla funcionar bastaría aplicar los consejos que el Dr. E. Romero, Ministro de gobierno, consignó en una importante cir

---

<sup>16/</sup> Citado por Carlos I. Degregori, "Indigenismo, Clases Sociales y Problema Nacional", en Celats (ed.) Indigenismo, Clases Sociales y Problema Nacional (Lima: Celats, s.f.), p. 31.

cular a los prefectos <sup>17/</sup>.

Pero ciertamente que no todos los miembros de la clase dominante compartían tesis tan extremas. Por ejemplo, para Manuel Vicente Villarán, la educación del indígena era la mejor manera de ayudarlo a salir de su pobreza y de incorporarlo a la cultura nacional. Mientras que para otros, la solución radicaba en la ampliación del mercado nacional -- que terminaría por romper el aislamiento donde el sector indígena se encontraba.

Pese a que los efectos de la crisis de 1929 fueron bastante severos para las economías de los países andinos, es ciertamente sorprendente en este contexto reconocer la rápida capacidad de recuperación que tuvo el sector exportador de la economía peruana. En gran parte esto se debió al hecho de que siendo el capital extranjero el que había asumido casi la totalidad del control de un sector como el minero extractivo, -- fue sobre todo este capital extranjero el que sufrió en un primer momento el impacto más directo de la crisis, permitiendo que su repliegue relativo fuera sustituido por el capital nacional que de esta manera pudo recuperar el terreno perdido a comienzos del siglo e iniciar así la reactivación de este sector. De otro lado, en la agricultura de exportación un producto como el algodón al ser utilizado como insumo de las plantas industriales del país pudo protegerse un poco mejor de los efectos de la crisis. Estos hechos, asociados al rechazo a una política de abierta intervención del Estado como la practicada por Leguía durante los años entre 1919 y 1930, explican por qué el Perú no adoptó, a diferencia de -- otros países de la América Latina, una política de industrialización por sustitución de las importaciones que las pusiera al abrigo de crisis como la de 1929. Más bien, durante la década de los 40 y de los 50 el Perú fue el escenario por excelencia para la aplicación de las políticas económicas más ortodoxas. La ausencia de una resistencia popular organi

---

17/ Alejandro O. Deustua, La Cultura Nacional (Lima, 1937), cit. por Carlos I. Degregori, "Ocaso y Replanteamiento de la Discusión del Problema Indígena (1930-1977)", en Celats (ed.) *Op.cit.*, p. 234.

zada y la consolidación de este modelo exportador gracias a la excelente coyuntura generada por la guerra de Corea fueron dos factores adicionales para que la idea del desarrollo estuviera estrechamente asociada a la explotación de las ventajas comparativas del país. Importa subrayar, en este contexto, que la II Guerra Mundial no tuvo más bien los efectos positivos en la dinamización de la economía primario-exportadora como si la había tenido la guerra de 1914-1918. Si bien se produjo una fuerte expansión de la exportación de metales como el plomo y el zinc, ahora bajo fuerte control del capital nacional, en cambio los efectos sobre la agricultura de exportación fueron nulos. En el caso del azúcar, sus precios siguieron bajando hasta 1937, además de que la depresión provocó el establecimiento de acuerdos comerciales de carácter bilateral y de los cuales el Perú fue excluido. En el caso del algodón, por otra parte, su producción no fue favorecida porque los países envueltos en la Guerra o ingresan al conflicto con importantes stocks o tienen significativas industrias sintéticas. Desatado el conflicto, además, se cierran los mercados europeos quedando solamente el inglés, mientras que en el contexto del Perú pestes y una agresiva política del Estado para enfrentar la inflación llevó a una reducción de las áreas algodoneras de 180 mil hectáreas en 1940 a 125 mil en 1943 y a un descenso de la productividad<sup>18/</sup>.

Pero los comienzos de la década de los 50 en la región andina, al igual que en otros países de la América Latina, marcó el renacimiento de nuevas dificultades. Por una parte, los países de la región andina empezaron a experimentar un crecimiento de su población a tasas cada vez más altas como consecuencia de la difusión masiva en medios rurales y en los sectores populares de vacunas y medicinas que redujeron de manera significativa la mortalidad. Este incremento de la población, por otra parte, terminó por erosionar de manera irreversible el equilibrio entre familia y dotación de recursos, forzando a que miembros de las familias rurales, al no encontrar medios de vida adecuados en sus pueblos, iniciaran un proceso significativo de migración hacia las principales urbes. En ciudades como Lima, por ejemplo, los comienzos de la década del 50 ven el nacimiento de una serie de asentamientos familiares en la perife-

18/ Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram, Perú 1890-1977, Growth and Policy in Policy in an Open Economy (New York: Columbia University Press, - 1978).

ria de la ciudad, asentamientos que más tarde serán conocidos con el nombre de "barriadas" y de "pueblos jóvenes". Pero al mismo tiempo, la década de los '50 e también el renacimiento de movimientos sociales y grupos políticos de los sectores medios que empiezan a cuestionar el patrón de crecimiento económico anterior y que abiertamente buscan la reorientación de la economía en función de una producción más volcada hacia el mercado interno. Se reclama, igualmente, un enérgico proceso de industrialización como una forma de corregir los desequilibrios de la economía y de absorber esta creciente mano de obra ahora desplazada desde el campo; industrialización que para ser efectiva requería a su vez del establecimiento de reformas agrarias que al permitir la ampliación del mercado interno respaldara la conversión industrial de la economía. Más aún, estos grupos medios y las renovadas movilizaciones populares comenzaron a cuestionar la legitimidad del orden terrateniente y de la vigencia de la dominación señorial y étnica impuesta por blancos y mestizos sobre las vastas mayorías del campesinado indígena. De este cuestionamiento a la reivindicación del acceso a la tierra como la premisa para recomponer el ordenamiento rural hubo un trécho muy corto que fue rápidamente recorrido a lo largo de las décadas del 50 y del 60. Al igual que en los años de la década de los 20, en efecto, de nuevo las áreas rurales del centro y del sur del país se convirtieron en el impresionante escenario de movilizaciones campesinas y cuyos protagonistas buscaban "recuperar" las tierras arrebatadas a ellos o a sus antepasados por los terratenientes locales. No fue otro el sentido de las movilizaciones ocurridas, por ejemplo, en La Convención, en Junín, en Cerro de Pasco. Por si todo esto fuera poco, la revolución cubana de 1959 echaba por tierra los tradicionales supuestos políticos de una izquierda como la del Partido Comunista Peruano y alimentaba la esperanza de que los campesinos estaban convirtiendo a los Andes en la Sierra Maestra del Perú y que la obsolescencia de los partidos tradicionales podía ser suplantada por el dinamismo de estas nuevas fuerzas y de partidos nuevos como la Democracia Cristiana, Acción Popular, el Movimiento Social Progresista. Que estos cambios y estas aspiraciones no fueran peculiares al Perú lo demuestran la revolución boliviana de 1952 y el primer intento de reforma agraria del Ecuador en 1964. Pero sobre esto volveremos más adelante.

Fue al amparo de estas fuerzas que desde comienzos de la década de los 60 el control político del Estado pasó a poder de estos sectores medios representados por un partido como Acción Popular, luego de un ensayo previo de un año donde las Fuerzas Armadas decidieron intervenir abiertamente en la política y cortar el acceso al poder a la coalición del APRA y de la Unión Nacional Odrriista por considerar que estas fuerzas políticas no garantizaban la implementación de los cambios que la sociedad peruana requería. El comienzo del gobierno de Belaúnde fue promisorio, pero muy rápidamente sus 100 febriles días dieron paso a la incompetencia, a la debilidad y a la corrupción más visibles, de tal modo que las promesas más sustantivas de cambio no se pudieron cumplir. Y en octubre de 1968 fueron las propias Fuerzas Armadas que decidieron echar del gobierno a quien seis años antes había sido el candidato de sus preferencias. Esta intervención de las Fuerzas Armadas, como se precian en decir sus miembros, fue de carácter institucional y si el gobierno presidido por el general Velasco decidió implementar una serie de reformas profundas, si se tiene en cuenta que fueron reformas impulsadas por las Fuerzas Armadas, se debe a que esta institución, al igual que la Iglesia, había adquirido una creciente autonomía frente a las tradicionales clases dominantes y porque también llegaron a la convicción que la seguridad del país no consistía solamente en una eficiente defensa de las fronteras sino que en adelante pasaba por el desarrollo económico. Y esta experiencia abre un nuevo espacio para explorar las relaciones entre cultura y desarrollo en el marco del Perú, por lo menos en la forma en que fueron pensados estos conceptos por los ideólogos del gobierno militar.

Hacia 1968, tres cuartas partes del sector minero, el tercio del pesquero, la mitad de la manufactura y los dos tercios del sector bancario estuvieron bajo el control del capital extranjero<sup>19/</sup>. Era, en suma, un ejemplo elocuente del grado de control al que pudo llegar el capital extranjero. Por otra parte, desde el punto de vista del ordena --

<sup>19/</sup> Para un análisis completo de la política económica del gobierno militar, véase de EVK Fitzgerald, The Political Economy of Perú 1956-1978 (Cambridge: Cambridge University Press, 1979).



miento agrario, el sistema de tenencia de la tierra revelaba que sólo el 0.1% de las empresas agrarias controlaban el 61% de la tierra cultivada<sup>20/</sup>. A juicio de los oficiales que asumieron el poder en 1968 tal situación debía ser corregida si se quería garantizar un desarrollo económico y social más equilibrado. Por eso los militares peruanos se propusieron "desenclavar" la economía peruana, haciendo que el Estado asumiera el control de empresas americanas que explotaban los recursos minerales, de la banca asociada al capital extranjero, del comercio exterior y que asegurara la implementación de la decisión 24 del Pacto Andino sobre el tratamiento del capital extranjero. Pero, además, el Estado igualmente buscó promover el desarrollo industrial y la ampliación del mercado interno, para lo cual atacó igualmente las bases del poder económico de los grupos vinculados al modelo tradicional de crecimiento. De las medidas tomadas, seguramente la más significativa fue la reforma agraria, que si bien no logró resolver de manera satisfactoria el problema de la tierra terminó sin embargo afectando los intereses de los empresarios agrarios de la costa y de los terratenientes andinos. Con 16 años de retraso, -- por consiguiente, el paisaje rural del Perú era sometido al mismo tiempo de cambios que el gobierno del MNR y el campesinado realizaron en Bolivia en 1952. Y si bien en Ecuador, como se ha mencionado más adelante, tales cambios en el sector agrario no fueron demasiado profundos, el hecho de que por lo menos se intentara un gesto en 1964 traduce el nuevo signo de los tiempos.

Las reformas implementadas por el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas en el Perú, así como sus resultados, han sido objeto de numerosos estudios<sup>21/</sup>, y si bien las tesis propuestas son muy diversas existe sin embargo un mínimo consenso de que los militares no lograron lo que prometieron. Las mayores divergencias se encuentran, cierta-

<sup>20/</sup> Ibid, pp. 106-107.

<sup>21/</sup> Véase por ejemplo, Abraham Lowenthal (ed.) The Peruvian Experiment: Continuity and Change under Military Rule, (Princeton: Princeton University Press, 1975), y Abraham Lowenthal y Cynthia Mc. Clintock, -- The Peruvian Experiment Reconsidered (Princeton: Princeton University Press, 1983).

mente, en las razones de ese fracaso. Pese a ello es posible identificar rápidamente algunas incoherencias.

Y es que el modelo "ni capitalista ni comunista" que los oficiales peruanos quisieron implementar en la práctica terminó efectivamente por acumular los vicios de ambos sistemas. Por una parte, el Estado asumía el control de parte de los intereses extranjeros, pero de otro se les otorgaba trato favorable en la explotación de los yacimientos petrolíferos y se iniciaba un proceso frenético de endeudamiento externo. Se quería promover la industrialización del país, pero a los industriales se les colocaba frente a instituciones como la comunidad industrial y la estabilidad laboral, de manera tal que ni el Estado ni los militares nunca pudieron contar con el decidido respaldo de los empresarios y esto pese a los desmesurados incentivos otorgados a la industria nacional. Asimismo, se quería implementar una "democracia social de participación plena", pero donde de manera muy significativa la "participación" de las clases populares debía efectuarse bajo la tutela de las Fuerzas Armadas o de instituciones ad-hoc como el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS). Y por si esto fuera poco, estas mismas clases populares vieron sustituido su antiguo patrón por prominentes miembros de la burocracia estatal. Finalmente, en el caso de las comunidades indígenas, sus miembros prácticamente no tuvieron ningún beneficio de las reformas ya que la tierra distribuida no fue suficiente para satisfacer las necesidades de todos. Las únicas excepciones provinieron de aquellas comunidades que fueron integradas a las denominadas Sociedades Agrícolas de Interés Social (SAIS) para hacerlas partícipes de magros dividendos. El Gobierno Militar, en el caso de las SAIS, buscó integrar dentro de una sola empresa agraria a una ex-hacienda, ahora entregada al control de sus antiguos colonos, y a algunas de las comunidades de indígenas adyacentes a fin de que los miembros de estas últimas pudieran participar de la renta generada por los primeros. Como es comprensible este sistema dio nacimiento muy pronto a un régimen de explotación entre los propios campesinos, más allá de las intenciones redistributivas de los oficiales peruanos. Rápidamente muchas de las SAIS entraron en una grave crisis económica o fueron desmanteladas, de tal manera que al final los campesinos excluidos de

la reforma agraria, como los del Cuzco y de Andahuaylas, decidieron imple-mentar su propia reforma agraria a través de la invasión y recuperación - de tierras.

Pero también en el contexto de las reformas implementadas por el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas es posible encontrar una vinculación del desarrollo con los problemas de la cultura. Los oficiales peruanos, en efecto, particularmente durante la así llamada Primera Fase (es decir hasta el relevo de Valasco con Morales Bermúdez en 1975) permanentemente invocaron una legitimidad histórica a sus actos. De ahí, por consiguiente, la reiterada alusión de que habiendo sido la independen-cia política del Perú en 1821 un proceso trunco, en el sentido de limitada, en realidad ellos, los militares, estaban ahora alcanzando la genuina independencia que no podía ser sino económica. Asimismo, el rescate y la puesta en un primer plano de figuras históricas como Túpac Amaru, el reco-nocimiento del quechua como lengua oficial, la celebración de festivales populares como Inkarrí, con auspicio del Estado, la implementación de un audaz programa de reforma educativa bajo la conducción de Augusto Salazar Bondy, incluso, en su expresión más extrema, la edición en quechua de un diario local, son indicios suficientes de que los militares y sus ideólogos percibieron de manera muy clara que el desarrollo en un país como el Perú, con una población que en sus sectores populares cobija a una significativa masa indígena, podía ser más factible en tanto fueran capaces de galvanizar el respaldo y la solidaridad nacional y para lo cual la cultura andina aparecía como un reservorio privilegiado de emblemas y de símbo-los dotados de una fuerza convocatoria bastante grande. Es muy fácil, co-mo ya se dijo, imputar su fracaso al estilo político que implementaron. - Es un poco más difícil saber si era posible reconciliar la realidad con - sus deseos.

El proceso económico del Ecuador a la vez que guarda semejanzas señala también diferencias con lo ocurrido en el Perú. Durante toda la é-poca colonial el actual espacio ecuatoriano estuvo reducido al callejón - andino de Quito donde a su vez estuvieron ubicados los obrajes dedicados a la producción textil en función de la demanda de los centros mineros y de las ciudades. Con la apertura del sistema monopólico introducido --

por los Borbones, el conjunto de este sistema económico ingresa a una aguda crisis al no poder competir con la producción europea, proceso que se hace aún más intenso en las primeras décadas del siglo XIX. La alternativa a la producción textil y que en la práctica va a sustentar el funcionamiento del sector exportador de la economía ecuatoriana durante el Siglo XIX y hasta 1930, estuvo constituida por la producción del cacao en la cuenca del Guayaquil, organizada a través del establecimiento de un complejo sistema de plantaciones.

La producción cacaotera de la costa ecuatoriana implicó cambios muy profundos al interior del Ecuador. Para comenzar, otorgó a la costa la supremacía económica regional, aislando a la sierra ecuatoriana y convirtiéndola, dadas las enormes dificultades de comunicación interna, en el reservorio de la tradicionalidad. No sólo que la sierra siguió identificada con la presencia de haciendas y comunidades campesinas, sino que la cultura indígena y lo indio eran ahora exclusivos de este hinterland. En el caso de la costa, por otra parte, el vigoroso crecimiento económico experimentado a través de la producción del cacao generó una diversificación económica de la región. A las plantaciones cacaoteras muy pronto se añadieron bancos y casas mercantiles, así como industrias asociadas a la comercialización como al tratamiento de la "pepa de oro". Todos estos cambios económicos, asociados a la completa apertura de la costa al mundo internacional, produjeron igualmente transformaciones en el campo de la cultura y la política. Frente a los terratenientes de la sierra reputados como los garantes del conservadorismo, cacaoteros, comerciantes y banqueros empezaron a enarbolar las banderas del liberalismo económico y político y cuyo corolario fue la victoria de la revolución liberal de 1895 y el ascenso al poder de Eloy Alfaro.

A partir de esta situación, desde la costa comenzarán a impulsarse transformaciones importantes en el conjunto del país. El establecimiento de caminos y de la red ferroviaria que vincula Quito con Guayaquil en 1908, en efecto, irán rompiendo el aislamiento de la sierra y expandiendo el grado de mercantilización de las zonas serranas, pero también irán colocando las bases para la cancelación de las formas más opre

sivas de explotación de la fuerza de trabajo indígena. Y si bien el golpe de Estado del 9 de julio de 1925 pone término al dominio de los liberales, las décadas precedentes habían introducido cambios irreversibles en el sistema de dominación tradicional.

Porque, a diferencia de lo ocurrido con el Perú, cuando la producción cacaotera ingresa a una etapa prolongada etapa de crisis entre 1921 y 1949 como consecuencia de plagas, de las restricciones a la importación del cacao impuestas por Inglaterra y Francia y la competencia de la producción proveniente de la Costa de Oro, la recuperación del sector exportador de la economía ecuatoriana a partir de la década de los 50 re pasó en la misma costa, esta vez a través de la conversión de las plantaciones cacaoteras en plantaciones dedicadas a la producción del banano, manteniéndose de esta manera la costa como la región más significativa del país. El efecto más inmediato de esta situación no sólo fue la consolidación de la costa como el polo económico del Ecuador, sino que sus unidades productivas y las ciudades de esa región se convirtieron en un importante blanco migratorio para los campesinos de la sierra, atenuándose de ese modo los conflictos dentro de la sierra. Y más bien el sorprendente crecimiento de las ciudades cuya población representada en 1950 sólo el 28.5% del total y que llega en 1974 al 42%, pasará a convertirse en el marco para el desarrollo de una de las formas más sui-generis de populismo: la presencia de Velasco Ibarra en el primer plano de la política ecuatoriana entre 1933 y 1972<sup>22/</sup>. En resumen, el proceso ecuatoriano no sugiere la creciente modernización del conjunto de la economía desde una región que no cuenta con una densidad histórica y a través de la interiorización de una racionalidad occidental. Pero aún así, como veremos más adelante, en el propio espacio serrano y en respuesta a esta incitación de la costa algunos grupos campesinos fueron igualmente capaces de gestar avances sustantivos acudiendo al respaldo de su tradición.

---

<sup>22/</sup> Puede compensar la debilidad de la historiografía ecuatoriana la lectura del libro de Osvaldo Hurtado, El Poder Político en el Ecuador - (Quito: Editorial Planeta, 1983, 5a. ed.), Rafael Quintero, El Mito del Populismo en el Ecuador (Quito: FLACSO, 1980) y Jean Paul Deler, Génesis de Espace Equatorien (Paris: Institut Francais D'Etudes Andines, 1981).

El proceso boliviano, finalmente, en contraste con el del Perú y el del Ecuador, muestra la primacía de la política para entender a la vez las transformaciones económicas y culturales ocurridas en el país al tiplánico. Durante toda la época colonial la Audiencia de Charcas, con Potosí en su seno, fue el eje en torno al cual se desarrolló la economía minera, la cual a su vez impuso una articulación muy estrecha a los otros sectores y a las otras regiones del Virreinato peruano. Pero a fines del Siglo XVIII, esta economía mostraba ya los signos de estancamiento como consecuencia de las dificultades en aprovisionarse de insumos importantes como el mercurio, de la desorganización de la fuerza de trabajo aparejada a la cancelación de la mita y de las dificultades de la comunicación interoceánica. Bolivia, como el Perú, tuvo entonces una economía estancada hasta los comienzos de la segunda mitad del Siglo XIX, donde las únicas unidades productivas que se mantuvieron eran las haciendas y las parcelas campesinas.

El reactivamiento de su sector exportador se producirá desde la década de los 70 del siglo pasado, cuando en el norte de Potosí vuelven a activarse los yacimientos de plata, creando un nuevo dinamismo regional y ampliándose la demanda de los mercados internos. Fueron estas las circunstancias que precedieron al nuevo asalto de las tierras y de la fuerza de trabajo de las comunidades campesinas por parte de los latifundios aledaños, proceso que en sus más extremos límites estuvo ejemplificado por la política agraria seguida por el gobierno de Melgarejo entre 1864 y 1870. Y si bien esta expansión de la minería de la plata termina hacia 1895 como consecuencia de la depreciación del metal en el mercado internacional, ya las bases del sistema tradicional habían sido lo suficientemente comprometidas. Y cuando la economía minera boliviana pasa de la plata al estaño desde los inicios de este siglo, la explotación de este último producto no hizo sino acentuar aún más los desequilibrios regionales y sociales del país. Pero la diferencia fundamental con relación a la experiencia del Perú y del Ecuador fue que el establecimiento de estos modernos enclaves mineros ocurrió en el contexto de un espacio cultural uniforme y donde los trabajadores enrolados hacían parte de la masa indígena. Por consiguiente, los mineros bolivianos pudieron apelar

a su cultura tradicional para resistir esta explotación<sup>23/</sup>, al mismo tiempo que el contacto con nuevos sistemas de trabajo y su socialización política dentro de los sindicatos elevaron su cultura política y los dotaron de una conciencia muy clara de su capacidad y de su fuerza.

Sobre las bases anteriores, la desastrosa guerra del Chaco que Bolivia sostuvo con el Paraguay entre 1932 y 1935 fue el acontecimiento definitivo para que vastos sectores de las masas populares y de la propia oficialidad boliviana descubrieran que el estilo de desarrollo seguido -- por Bolivia desde <sup>su</sup> Independencia había significado el enriquecimiento de una minúscula oligarquía y la depredación virtual del país. Como se sabe, la conciencia política que emerge de esta derrota, la decidida convicción de que era indispensable construir una economía nacional sobre otras bases fueron las que inspiraron el estallido de la revolución boliviana en 1952 bajo el liderazgo del Movimiento Nacional Revolucionario con Paz Estenssoro. Una de las medidas fundamentales que tomó la revolución, además de la nacionalización de los yacimientos del estaño, fue una reforma agraria que si bien desde el punto de vista de la distribución de la tierra tuvo efectos limitados, sin embargo permitió la eliminación de las formas más opresivas de la explotación de la fuerza de trabajo rural. De esta manera, por lo menos por un tiempo, Bolivia pudo apelar a una simbología de carácter nacional en respaldo a sus esfuerzos por salir del atraso. Y si pese a ello esto no fue posible, las razones tienen que ver con la profunda vulnerabilidad de la economía boliviana y por la inconsecuencia de los líderes del MNR. Pero el nacionalismo del MNR y el reconocimiento que se otorgara al campesinado indígena y sus valores hicieron que por lo menos en Bolivia la cultura indígena mantenga gran parte de su fuerza y de su prestancia. Como se verá más adelante, aquí radica una de las razones por la cual en Bolivia todavía sea posible pensar en un tipo de crecimiento económico que no vaya al encuentro de su cultura tradicio-

<sup>23/</sup> La más convincente demostración de la cultura tradicional como refugio y revalorización de los trabajadores mineros puede encontrarse en June Nash, We Eat the Mines and the Mines Eat Us (New York: Columbia University Press, 1979).

nal sino que sean procesos que mutuamente se respalden<sup>24/</sup>.

### III. LA GRAN TRANSFORMACION DE LOS ANDES

El hecho más visible, como se señalara más adelante, fue el inicio de un éxodo casi masivo de segmentos importantes de la población rural hacia las principales urbes en Bolivia, Ecuador y el Perú. Como se ha reconocido en reiteradas oportunidades, este éxodo no fue el resultado de un fortalecimiento de las economías urbanas ni de un desarrollo industrial muy poderoso, sino la traducción de una serie de desequilibrios en el campo debidos al incremento de la población y al deterioro paralelo de los recursos con los que usualmente contaban las familias campesinas. Veamos esta situación de manera más detallada.

En el caso del Perú el censo de 1981 dio un total de 17'762,231 habitantes, de los cuales 11'545,450 corresponden a la población urbana y 6'246,781 de la población rural. Comparado con el censo anterior de 1972, la tasa de crecimiento intercensal fue de un 2.3% (Ver Cuadro N° 1). Por otra parte, en términos de la composición urbana/rural de la población peruana, el proceso entre 1940 y 1981 traduce una inversión de las proporciones, porque mientras que en 1940 las dos terceras partes era rural, en 1981 la población fue urbana en sus dos terceras partes y rural sólo en su tercera<sup>25/</sup>. Este incremento de la población urbana a costa de la población rural debe, por otra parte, entenderse como un incremento de las urbes del litoral peruano y principalmente la expansión de Lima y Callao. Entre 1940 y 1972 la migración interna presenta un incremento en su ritmo y volumen. Los migrantes permanentes pasan de 11% de la población total en 1940 (620,000 personas) a más de 25% (3'700,000 personas) de la población total en 1972. El blanco migratorio más importante de estas décadas ha sido Lima,

<sup>24/</sup> Una inteligente síntesis del proceso histórico boliviano es el libro de Herber S. Klein, Bolivia. The Evolution of a Multi-Ethnic Society (Oxford: Oxford University Press, 1982).

<sup>25/</sup> Carlos E. Aramburú, et. al. Población y Políticas de Desarrollo en el Perú (Lima INANDEP, 1983), p. 83.



CUADRO 1

PERU: DISTRIBUCION DE LA POBLACION SEGUN AREAS URBANAS Y RURALES Y TASAS  
DE CRECIMIENTO INTERCENSAL - Censos de 1940, 1961, 1972 y 1981

AÑO CENSAL	POBLACION CENSADA						TASA DE CRECIMIENTO INTERCENSAL (por cien)		
	TOTAL		URBANA		RURAL		Urbana	Rural	Total
	Absoluta	%	Absoluta	%	Absoluta	%			
1940	6'207,967	100	2'197,133	35.4	4'010,034	64.6			
1961	9'906,746	100	4'698,178	47.4	5'206,568	52.6	3.7	1.2	2.2
1972	13'538,208	100	8'058,495	59.5	5'479,713	40.5	5.1	0.5	2.9
1981	17'762,231	100	11'545,450	65.0	6'246,781	35.0	3.6	0.9	2.6
<b>INCREMENTO</b> 1940-1981	11'554,264	100	9'348,317	(81.0)	2'206,747	(19.0)	3.3	0.9	2.3

Fuente: Censos Nacionales de 1940, 1961 y 1972 y Resultados Provisionales del Censo de 1981.

ciudad que absorbió a cerca de 49% de migrantes en 1961, y a 56% de migrantes en 1972, para luego descender al 45% en 1981<sup>26/</sup>. Tanto el crecimiento de Lima/Callao como de las principales urbes de la costa, región que en 1981 alberga a la mitad de la población peruana (8'512,944 habitantes), se ha realizado a expensas de la sierra, cuya población se incrementó en 40 años de 4'033,952 a sólo 6'704,390 habitantes. En la sierra, la cual cuenta con 26% del territorio, reside una proporción cada vez menor de la población total, pues ésta bajó del 65% en 1940 a menos del 40% en 1981<sup>27/</sup>.

En el Perú, por otra parte, cuando se habla de población rural debe hacerse mención a que una fracción importante de ella es indígena. Ahora bien, definir al "indio" ha sido fuente de múltiples controversias entre especialistas, de tal manera que todos sus estimados son necesariamente provisionarios. Además, si se toma en cuenta el fuerte proceso de migración al que se hizo alusión en el párrafo anterior, uno está obligado a concluir que también dentro de las urbes la presencia de población indígena no sólo es significativa sino que tiende a incrementarse. Por razones que se discutirán más adelante, el proceso de urbanización en el Perú en los últimos años presenta notas bastante peculiares siendo una de ellas el redimensionamiento del carácter andino de la ciudad capital.

Con todo, uno de los últimos esfuerzos por estimar la población indígena en América propone para el Perú de 1978 la cifra de 6'025,110 habitantes<sup>28/</sup>. Esta cifra ha sido considerada por otro estudio<sup>29/</sup> como excesivamente abultada en razón a que los supuestos de la pro

---

26/ Carlos E. Aramburú, Op.cit., p. 62

27/ Ibid., p. 86

28/ Enrique Mayer y Elio Masferrer, "La Población Indígena en América en 1978", América Indígena (1979), vol. 39, N° 2, pp. 270-2.

29/ Héctor Maletta, "Comentarios y Ajustes sobre la Población Indígena de América en 1978", América Indígena (1981), vol.

yección son errados. Al realizar los ajustes correspondientes la estimación de la población indígena sería de 5'100,000 habitantes para 1978, volumen que representa para ese año un 30% del total y cuyo crecimiento anual entre 1972 y 1978 sería solo del 1% en contraste con una tasa de crecimiento global estimada en 2.78%. Esto quiere decir que en el Perú está en curso en los últimos años un fuerte proceso de desindigenización de la población rural, puesto que el incremento de la población declarada no india dentro de la población total es más significativa que el crecimiento de la población indígena propiamente tal.

Pero esta expulsión de los campesinos del campo a la ciudad es sólo una de las expresiones de las transformaciones de los sistemas rurales. Entre quienes se quedan, igualmente, un importante proceso de cambio tiene lugar y que puede ser conceptualizado como un proceso de desintegración. No sólo que las brechas entre campesinos pobres y campesinos ricos son cada vez más amplias, sino que transformaciones importantes ocurren al interior de cada una de las unidades domésticas.<sup>30/</sup> La vieja idea de unidades autosuficientes y dependientes sólo de la propia fuerza de trabajo familiar, por ejemplo, es ciertamente ahora insostenible. En una investigación realizada entre los campesinos de la sierra sur del Perú, Adolfo Figueroa en 1980<sup>31/</sup> encontró que una típica familia campesina varía entre 4.2 a 5 miembros y que dispone de una fuerza laboral total de 3.4 a 3.9 personas y de una fuerza laboral adulta entre 2.1 y 2.6. Sus recursos como promedio, están representados por 7 ovejas, 2 cabezas de ganado vacuno, 1 porcino, 3 aves, 4 cuyes y además cuenta con 2 a 3 Has. de tierra fraccionadas entre 9 y 84 parcelas, con uno o dos arados de pie, 3 lampas y 2 picos. Son, por consiguiente, pobres.

Lo esencial de sus actividades está relacionado con la agricultura y la ganadería: generan el 72 y el 98% del ingreso campesino. De las

<sup>30/</sup> XLI, N° 3, pp. 521-530

Héctor Maleta, "Perú ¿País Campesino?", Análisis (1978) N° 6, pp.2 - 51.

<sup>31/</sup> Adolfo Figueroa, La Economía Campesina en la Sierra del Perú, (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1981).

otras actividades complementarias y de las migraciones temporales, los campesinos obtienen un tercio de su ingreso. Es decir, pese a que la migración es temporal (un promedio de 34 días persona por año) es sin embargo una fuente fundamental de su ingreso. Cerca de la mitad de la producción está destinada al autoconsumo, orientándose la otra mitad al intercambio. De un ingreso familiar estimado entre 250 a 400 dólares por año, cerca de un 90% está destinado a la adquisición de bienes de consumo y menos del 7% a insumos y servicios productivos. Es decir, que su capacidad de acumulación es prácticamente nula.

Figuroa encuentra, por otra parte, que estas unidades campesinas están lejos de ser autosuficientes y separadas del resto de la economía nacional. Un 27% de los jefes de familia migran fuera de la región y un 11% dentro de ella pero fuera de sus pueblos nativos, de manera que cerca del 40% del ingreso monetario proviene de la venta estacional de su fuerza de trabajo. Además, como se ha señalado, venden la mitad de sus productos en el mercado y adquieren en él una proporción semejante de los bienes de consumo que necesitan.

Pero esta articulación de las familias campesinas con mercados regionales más amplios reviste algunas peculiaridades que importa subrayar. Las familias más pobres, por la escasez de sus recursos, son las principales oferentes de mano de obra, aunque las de mayor riqueza derivan de esta situación condiciones más óptimas para su ingreso en el mercado de trabajo, e.g. disponen de mayor calificación y de los recursos monetarios para financiar su desplazamiento. Es por esto que el "enganche" constituye el mecanismo más adecuado de reclutamiento para las primeras. En cambio, las vinculaciones mercantiles son desarrolladas principalmente por los campesinos ricos en la medida de que disponen de mayor capacidad de generar excedentes. Pero también los mecanismos de oferta de mano de obra están supeditados a una racionalidad que deriva de la estacionalidad agrícola. Primero se dedican a las actividades agropecuarias, luego a la producción de otros bienes y sólo después migran. Por esto son campesinos, pero también porque se jubilan en el campo. La tierra, en la racionalidad campesina, pese a las condiciones de pobreza sigue siendo el mecanismo más adecuado para atenuar los efectos de la crisis y la terca

defensa de su control una de las expresiones de su exitosa resistencia -- frente a una proletarización completa. Esta errática inserción en el -- mercado, finalmente, está revestida todavía de persistentes patrones co- loniales, quiero decir que los mecanismos de clientelización hacen que -- el sistema de precios y de salarios no obedezcan por completo a una lógi- ca depuradamente mercantil. Para los economistas esta es una enseñanza cuyo olvido sería imprudente.

Estos cambios, además, no son sólo el resultado de las fuerzas e- conómicas sino también de los procesos políticos en los que los campesi- nos muchas veces fueron los actores principales. El enfrentamiento con- tra el orden terrateniente y sus agentes les permitió salir del aisla -- miento en que se encontraban y traducir en términos nuevos su situación y los problemas que les concernían, abandonando de esa manera muchos de sus rasgos tradicionales. En ese mismo sentido, la implementación de la reforma agraria de 1969 y la emergencia de las dos grandes organizacio- nes nacionales de los trabajadores del campo como fueron la Confedera -- ción Nacional Agraria (CNA) y la Confederación Campesina del Perú (CCP) terminaron por resquebrajar de manera irreversible los particularismos -- locales y la segmentación del campesinado andino para abrir la posibili- dad de la conversión del campesinado en una fuerza política nacional.

Estos cambios alteraron de manera significativa la relación del campesinado con la cultura andina por lo menos de dos maneras que fueron mutuamente contradictorias. De un lado, para una fracción del campesina- do en tanto que su identificación como indígena era sinónimo de margina- ción y de humillación, el descubrimiento de sus nuevas potencialidades -- como actores políticos los llevó sucesivamente al rechazo de su cultura tradicional y a pensarse como una clase campesina. Para otros, en cam- bio, este nuevo ascenso político los convenció de la necesidad de recon- ciliar la dimensión política con la dimensión étnica y de encontrar en -- la cultura andina los símbolos indispensables para dotar a sus reivindica- ciones con una legitimidad étnica y con la carga histórica con la que ha- bía soñado Mariátegui en la década de los 30. Pero en uno como en otro caso, se trataba ahora de una relación completamente diferente a la postu- lada por los indigenistas como Valcárcel.

Este casi masivo vaciamiento de la población andina hacia las principales urbes y particularmente hacia el área de Lima y Callao tiene, por otra parte, implicancias importantes desde el punto de vista de la estructura del empleo y de la cultura de las ciudades andinas. Como se señalara al comienzo, la emergencia de las ciudades en la América Latina es el resultado de un proceso enteramente distinto a las ciudades del primer mundo. En el caso de la Hispanoamérica colonial, por ejemplo, las ciudades fueron las avanzadas de la colonización y de ocupación de la frontera, aunque algunas como Potosí, La Habana, Veracruz y Buenos Aires combinaron las funciones político-administrativas con las funciones económicas. A partir de los inicios de la segunda mitad del presente siglo, como ya se dijo, el volumen de la población urbana se incrementa dramáticamente como resultado del éxodo rural sin que por otra parte esta población encuentre en el nuevo espacio empleos adecuados como consecuencia de la fragilidad de la estructura económica. En este sentido, es bien conocido que ya los primeros estudios sobre el subdesarrollo indicaban como uno de los indicadores la terciarización de la economía, asociado a los altos índices tanto de desempleo como subempleo. En el caso del Perú, para 1980 se estimaba una tasa de desempleo del 10.9% y una tasa de subempleo del 41.4% mientras que para Lima, en 1982, el desempleo fue calculado en 6.6% y el subempleo en 28%<sup>32/</sup>. Ciertamente que la distribución sectorial del subempleo no es homogénea. En el caso de Lima, durante el quinquenio entre 1975-1979, los niveles más altos de subempleo total se registraron en el sector comercio (43.5%), en segundo lugar el sector industrial (29.4%), luego en construcción (27.0%) y, finalmente, servicios (23.4%)<sup>33/</sup>.

Por otra parte, el concepto de población empleada requiere igual

32/ Dirección General de Estadística, Situación Ocupacional del Perú, 1980 y Encuesta de Hogares, N° 16, marzo de 1983.

33/ Julio Cotler, et.al. Características Sociales de los Sectores Populares de Lima (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1984)mss.

mente de una doble precisión. Para comenzar, se trata de trabajadores ubicados básicamente en empresas que tienen un promedio de 5 trabajadores. Pero, sobre todo, gran parte de estas empresas operan a través de mecanismos que la literatura sociológica reciente ha descrito como haciendo parte de la "informalidad", es decir se trata de empresas que operan por fuera del marco legal vigente. Y la importancia de este sector informal en el empleo urbano es cada vez más grande. Por ejemplo, de acuerdo a estimaciones últimas del Ministerio de Trabajo del Perú, los informales en el sector comercio representarían el 47%, el 27% en manufacturas, el 13% en servicios y el 8% en construcción.

El debate sobre las razones de la emergencia de este sector y de su rápida expansión no está concluido. Una corriente dominante afirma que las razones obedecen a los obstáculos burocráticos que enfrentan los potenciales empresarios para constituir sus empresas, así como las ventajas obvias de no pagar impuestos ni el seguro social de los trabajadores. Pese a que otros argumentos son innegables por ser obvios, es posible pensar sin embargo que el fenómeno de la informalidad obedezca a los desequilibrios de la estructura productiva. Igualmente es motivo de controversia la evaluación de la importancia económica del sector. En el caso del sector industrial, el volumen de trabajadores informales ha sido estimado en 300,000 mientras que el valor agregado producido en el sector es calculado en 21.6% <sup>34/</sup>.

Pero la alta migración rural no produce solamente desempleo e informalidad en las ciudades. Otro fenómeno importante tiene que ver con la profunda modificación de la cultura de las ciudades. Los antropólogos de la década de los 60 que estudiaron problemas como el de las barriadas, por ejemplo, señalaron desde muy temprano la presencia en una ciudad como Lima de asociaciones de migrantes y cuya función era doble: de un lado, favorecer el asentamiento de estos migrantes en un medio desconocido e incluso hostil <sup>35/</sup> y, de otro, de servir como agencias de pro-

<sup>34/</sup> Jorge Vega, "El Sector Informal en la Industria Peruana", (Lima: ONUDI, 1984) mss.

<sup>35/</sup> William Mangin, "The Role of Regional Associations in the Adaptation of Rural Population in Perú", Sociologus (1955), vol. 9, pp. 21-36.

moción para el desarrollo de los pueblos de donde procedían, a través de la remisión de dinero o bienes para construir caminos, escuelas, hospitales, etc.<sup>36/</sup>. Pero en uno como en otro caso, estos "clubes" de provincias en realidad eran focos de refugio y de reproducción de la cultura andina traída por los migrantes.

Los mismos estudios antropológicos, una década más tarde, al comenzar de manera sistemática el estudio de las poblaciones marginales encontraron que al interior de las familias de los migrantes, así como dentro de estos poblados, se daba la reproducción de varias instituciones típicas de los Andes, desde la estructura de la familia, hasta los lazos de solidaridad creados entre los diferentes pobladores<sup>37/</sup>. En otras palabras, el señalamiento de procesos como los indicados sugerían la paulatina ruralización, en su vertiente andina, de la ciudad capital. También Aníbal Quijano en un trabajo pionero<sup>38/</sup> indicaba que el tránsito de los pobladores rurales a nuevos contextos sociales no podía ser interpretado como un simple proceso de mestización, como aludía la corriente antropológica dominante, sino que más bien se trataba de un proceso completamente inédito y distinto. Quijano denominó a este fenómeno el proceso de "cholificación".

El panorama social y cultura en la ciudad de Lima en la década de los 80 es aún más heterogéneo, donde conceptualizaciones como "ruralización" de la ciudad, "cholificación", etc. parecen bastante inadecuadas. Un articulista político como Luis Pásara acuñó con mucha fortuna la palabra "achorado" para definir el modelo de comportamiento social y cultural de un vasto sector de las clases populares cuyos miembros, en esen-

<sup>36/</sup> Teófilo Altamirano, Presencia Andina en Lima Metropolitana (Lima: PUC, 1984).

<sup>37/</sup> Sobre este problema puede consultarse de Susan Lobo, A House of My Own. Social Organization in the Squatter Settlements of Lima, Peru (Tucson: The University of Arizona Press, 1982).

<sup>38/</sup> Aníbal Quijano, "La emergencia del grupo cholo y sus implicaciones en la sociedad peruana" tesis doctoral, (LIMA: UNMSM, 1965).



cia, no sólo operan al margen de las normas y los valores sociales reconocidos como válidos por la "clase bien", sino que al mismo tiempo han inventado modelos de conducta que son muy propios. Estos modelos de conducta van desde la invención de un vocabulario popular muy suigeneris hasta el reconocimiento de "santos" que despiertan la abierta sospecha de la jerarquía católica (Sarita Colonia). También puede incluirse como una de sus manifestaciones la creación de una anarquía simbiosis entre la música andina y la cumbia<sup>39/</sup>.

¿Hacia dónde se orientan, al final de cuentas, estos sectores y qué porvenir espera a esta cultura de los "achorados"? Esta es ciertamente una pregunta de muy difícil respuesta. El rechazo explícito a las normas y a la cultura impuesta por una clase dominante y hacia las reglas de juego de una ciudad que es el blanco de su peregrinaje, pero que por otra parte no es capaz de satisfacer sus más mínimas necesidades, constituye ciertamente una de las características más identificables de su comportamiento. Como también el rechazo y la sospecha a las reglas de juego político impuesto por esa misma clase dominante. En este sentido, no es ciertamente irrelevante el reconocer que en las últimas elecciones municipales que llevaron a la Alcaldía de Lima a un candidato comunista por vez primera en la historia de las grandes urbes latinoamericanas, esa masa popular jugó ciertamente un papel importante. Ellos dejaron de ser los marginales tan caros a la sociología latinoamericana de los 60, pero su estructuración está lejos de ser completa y coherente. Por eso sería poco razonable pensar que en su decisión de votar casi masivamente por Barrantes lo que se traduce es una mayor cultura política. Fue una decisión -- inspirada por la desesperación, casi semejante a la que en el contexto de la sierra alienta las acciones de Sendero Luminoso. Este grupo político que en sus acciones últimas fue capaz al mismo tiempo de ganar y alienar el respaldo del campesinado indígena, si bien no ha definido de manera explícita su posición frente a los indios, al rescatar y valorizar lo tradicional frente a lo moderno, se asume que deben considerarlos una base importante en la implementación del mecanismo que tienen en mente.

---

39/ Véase el libro de José A. Llorens Música Popular en Lima/Criollos y Andinos (Lima: IEP, 1983).

El proceso social reciente en el caso de Bolivia es ciertamente diferente al caso peruano que se acaba de presentar. De acuerdo al censo de 1950, la población de Bolivia ascendía a 3'019,000 habitantes, -- mientras que en 1975 fue estimada en 5'634,000 habitantes, por consiguiente el ritmo anual de crecimiento entre 1970 y 1975 es de 2.7% <sup>40/</sup>. Se trata, por otra parte, de una población fundamentalmente rural. En 1975 la población que vivía en los centros urbanos representaba sólo el 30.6% del total <sup>41/</sup>. Por consiguiente el sector agrario conrega a la mayoría de la población económicamente activa (el 61.6% en 1975), mientras que -- en términos espaciales la región más poblada corresponde al altiplano -- donde en 1975 estuvo ubicada el 41.2% de la población <sup>42/</sup>.

En Bolivia el proceso de migración a las grandes urbes es moderada en comparación con lo que ocurre en otras ciudades latinoamericanas. Con todo, es ciertamente notable lo que ocurre con la ciudad de La Paz. Entre 1950 y 1976 la tasa anual acumulativa de incremento alcanzó a 3.39% mientras que entre 1976 y 1980 fue de 4.88% anual <sup>43/</sup>. La importancia de la migración en ese crecimiento se puede apreciar en el hecho de que más de la mitad de la tasa de crecimiento se debe al componente migratorio, en tanto que el crecimiento vegetativo es equivalente al promedio nacional. Este hecho tiene un fuerte impacto en la estructura poblacional de la ciudad. En 1980, por ejemplo, la mitad de la población de La Paz era inmigrante, proporción que aumenta a dos tercios dentro de la población económicamente activa <sup>44/</sup>.

Desde el punto de vista de la composición étnica, Bolivia, al --

---

<sup>40/</sup> Ministerio de Planeamiento, Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social (La Paz, 1976), vol. I, p. 293.

<sup>41/</sup> Ibid., p. 295

<sup>42/</sup> Ibid., p. 300

<sup>43/</sup> Silva Escobar de Pabón y Héctor Maletta, La Paz 1980: Población, Migraciones y Empleo (La Paz: Ministerio de Trabajo y Desarrollo Rural, 1981), p. 1.

<sup>44/</sup> Ibid., p. 4

igual que el Perú y el Ecuador, se caracteriza por tener una alta población indígena. El censo de 1950 dio un total de 1'703,371 indígenas, volumen que representa el 63% del total. Para fechas más recientes Enrique Mayer y Elio Masferrer, luego de varios cálculos, han estimado en 3'526,062 los indígenas existentes en 1978<sup>45/</sup>. Pero no se trata sólo de reconocer una elevada proporción de la población indígena frente al total, sino también de subrayar que como consecuencia del peculiar proceso de desarrollo nacional de la sociedad boliviana, en este país lo "indígena" constituye una cultura muy vigorosa.

El hecho más significativo, como se ha señalado antes, en el marco de la sociedad rural boliviana fue la reforma agraria que se implementara a raíz de la revolución liderada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en 1952. Esos cambios fueron el resultado de una creciente toma de conciencia de los impases y los descalabros producidos -- por la conducción política de la oligarquía boliviana (conocida despectivamente como "la rosca") y de los cuales el más dramático fue el desastre de la guerra del Chaco (1932-1935). A esta convicción nacional de que era indispensable introducir cambios importantes en la economía y la sociedad bolivianas, se añaden las acciones de los sindicatos campesinos desde la década de 1930 en contra de un sistema de tenencia de la tierra considerado como injusto y opresivo. Cabe recordar, a este respecto, -- que en 1950, 92% de los 32 millones de hectáreas de tierra existentes en Bolivia y más del 50% de las 650,000 hectáreas de tierra cultivable estaban concentradas en unidades de 1,000 o más hectáreas. Igualmente, el 65% de la tierra agrícola estaba acumulada en haciendas de más de 5,000 hectáreas y en poder del 1.6%, es decir de sólo 1,412 de los 86,000 propietarios. En el otro extremo, casi las dos terceras partes de propietarios tenían menos de una cuarta parte del 1% de las parcelas cultivables, en unidades menores a 5 Has.<sup>46/</sup>.

<sup>45/</sup> Enrique Mayer y Elio Masferrer, Op.cit., p. 279

<sup>46/</sup> Paul Robert Turovsky, "Bolivian Haciendas: Before and After The Revolution" (Ph.D. dissertation, University of California, Los Angeles, 1980), p. 2-3.

No se puede, sin embargo, adjudicar a estas movilizaciones la realización de la reforma agraria. Particularmente en el valle de Cochabamba antes de 1952, la clase propietaria había tomado la iniciativa de una serie de cambios, como la amortización de sus parcelas y el uso creciente de técnicas más capital intensivas en reemplazo de las tradicionales más intensivas en trabajo, los cuales revelaban las crecientes dificultades - que confrontaban las haciendas para dar una respuesta más eficiente a los nuevos requerimientos de la economía boliviana<sup>47/</sup>.

Hacia 1966, como resultado de la reforma, se habían distribuido - 263,139 títulos, los cuales correspondían a 173,724 familias beneficiadas y a 6'278,803 hectáreas<sup>48/</sup>. Si bien esta reforma fue importante desde el punto de vista de la cancelación de las relaciones anacrónicas de trabajo en el campo boliviano, hay un consenso muy grande en subrayar sus profundas limitaciones. No sólo porque sólo un 7% de las tierras fueron entregadas a los campesinos en relación a lo antes poseído, sino que muchos hacendados en todo el país fueron capaces de retener gran parte de sus propiedades, a la par que zonas significativas fueron entregadas a los caciques de los sindicatos agrarios vinculados al MMR<sup>49/</sup>.

Queda por analizar, finalmente, si la reforma agraria jugó un papel significativo en la contención de la mano de obra en el sector rural, haciendo por lo mismo menos dramático la migración hacia las principales ciudades. En todo caso, desde el punto de vista de la transformación de las relaciones laborales en el campo, se ha constatado que entre 1900 y - 1950 las filas del campesinado autónomo decrecen en cerca de un 25%, yendo a engrosar casi por partes iguales las filas del colonato y del peonaje asalariado, a pesar de que la fuerza de trabajo considerada (y que excluye los parientes colaboradores no remunerados) aumentó cerca de un tercio en medio siglo. Es decir, este incremento pasó a ser absorbido por -

47/ Paul Robert Turovsky, Op.cit., 56 - 60.

48/ Malvin Burke, Estudios Críticos sobre la Economía Boliviana (La Paz: Los Amigos del Libro, 1973), p. 75.

49/ Paul Robert Turovsky, Op.cit., pp. 335 - 342.

el aumento de las relaciones serviles y del trabajo asalariado, incrementos estos últimos que además absorvieron una parte del antiguo campesinado independiente. Al considerar el período 1950-76 el proceso se revierte. Desaparecen las relaciones serviles del colonato, y el incremento de casi 40% que experimenta la fuerza de trabajo en ese lapso (si se excluye los familiares nuevamente) es absorbido -al igual que los desaparecidos colonos- principalmente por los campesinos independientes que duplican ahora el número que ostentaban a comienzos de siglo. El aumento de los asalariados es más modesto, si bien se expande en un tercio la cifra de 1950<sup>50/</sup>.

En el caso del Ecuador, finalmente, la población censada en 1950 fue de 3'250,000 habitantes y en 1975 de 6'500,000 es decir que en el espacio de un cuarto de siglo el aumento fue el doble<sup>51/</sup>. Como es bien conocido, el Ecuador, al igual que los otros países andinos, tiene en el sector exportador al sector más dinámico de su economía. Durante el último tercio del Siglo XIX y hasta la década de los 20 del presente siglo, el producto exportado más importante fue el cacao, desde el período de la post-guerra hasta los comienzos de la década de los 70 el banana y, finalmente, el petróleo. En los dos primeros casos, esos productos jugaron un papel muy importante en la configuración de un espacio regional muy dinámico ubicado en la costa ecuatoriana. La emergencia económica de la costa explica el sucesivo desplazamiento de la población de la sierra a la región del litoral, proceso que en realidad empieza desde fines de la época colonial para hacerse aún más acentuado durante este siglo. Pero este desplazamiento no es sólo de región a región, sino que se traduce en un incremento significativo de la población urbana. En 1950 la población urbana representaba el 28.5% del total, para ascender al 35% en 1962 y al 41.1% en 1974<sup>52/</sup>. Este incremento hasta 1962 es el resultado -

---

50/ Héctor Maletta, *La Fuerza de Trabajo en Bolivia 1900-1976* (La Paz: Ministerio de Trabajo/OIT, 1980), pp. 29-30.

51/ Jean Paul Deler, *Op.cit.*, p. 213

52/ Juan Ma. Carrión, "La Dinámica de la Población en la Sierra Ecuatoriana: los Desplazamientos de Población y su Evolución Reciente", en O. Barsky, et.al., *Ecuador Cambios en el Agro Serrano* (Quito: FLACSO/ -- CEPLAES, 1980) p. 506.

del vaciamiento de la población de la sierra que en un 84.2% se dirige hacia la costa, pero desde 1970-74 será el Oriente el blanco migratorio más importante porque cerca del 50% de la población serrana se dirige hacia esa región<sup>53/</sup>. En el caso de la sierra la provincia de Pichincha, donde se encuentra la capital Quito, constituye una excepción relevante porque dada las funciones que cumple es también una receptora neta de las migraciones de las otras provincias de la sierra en una proporción cerca al 50% entre 1970-74<sup>54/</sup>. Ciertamente que el contrapunteo entre las ciudades de Guayaquil y Quito no se reduce solamente a la capacidad que ambas tuvieron de retener a la población migrante. Son apenas las expresiones de una rivalidad regional cuyas raíces se hunden en el pasado más lejano y que se expresan tanto a nivel económico como político. En ese sentido, el caso del Ecuador es sin duda un caso límite de regionalización. Otra dimensión importante la constituye la población indígena y que está ubicada mayoritariamente en la sierra, pero que en proporciones significativas, como se acaba de ver, se ha venido trasladando igualmente hacia la costa. Pero estimar el peso de esta población dentro del total del país es ciertamente una tarea azarosa por el simple hecho de que ningún censo del Ecuador se preocupó en discriminar esta información. Es por eso que uno está limitado a recurrir a las estimaciones propuestas por Masferrer y Mayer, quienes, en el trabajo ya citado, cifran la población indígena en 2'654,649 habitantes, de los cuales el 84% estarían en la sierra, el 8.7% en las zonas urbanas y el 7.1% en la selva<sup>55/</sup>. Insistimos en que no existe forma en criticar estas cifras, sólo comentar, como lo hace Maletta, que población serrana no es necesariamente sinónimo de indígena, sobre todo si se tiene en cuenta el papel jugado por Quito en el proceso de aculturación<sup>56/</sup>.

Pero la opacidad indígena en el caso del Ecuador es no sólo un fenómeno censal. Por razones no muy claras, en efecto, la impresión que se tiene es que la población indígena en el Ecuador nunca alcanzó una --

53/ Juan M. Carrón, *Op.cit.*, p. 522

54/ *Ibid*

55/ Enrique Mayer y Elio Masferrer, *Op.cit.*, pp. 268-70.

56/ Héctor Maletta, "Comentarios y Ajustes sobre la Población Indígena en 1978", p. 532-3.

"visibilidad" muy grande como en el caso de Bolivia y del Perú. Y de igual manera los fenómenos de discriminación parecen ser bastante atenuados si se compara, de nuevo, con lo que ocurre en los otros países andinos. Esto probablemente se deba a la mayor dispersión de los grupos indígenas y al hecho de que la ciudad capital, Quito, es una ciudad serrana, y dado el peso que tuvo en el desarrollo del país era imposible asociar serrano con indígena, es decir con el hecho de ser ciudadano de segundo orden como sí ocurre, por ejemplo, en el Perú. Este es un problema cuyas implicancias serían tratadas de manera más detallada cuando analizemos un caso, el de Otavalo, donde cultura y desarrollo pudo ser hasta cierto punto reconciliado.

En el campo ecuatoriano, finalmente, también se implementó un programa de reforma agraria a través de las leyes de 1964 y de 1973. Pero a diferencia de lo ocurrido en Perú y en Bolivia, estas reformas afectaron finalmente a los sectores más atrasados de los terratenientes y mantuvieron la vigencia del sistema de gran propiedad. En el primer caso, básicamente fueron eliminados los "huasipungos", esta forma de explotación agrícola basada en la extracción de la renta de los productores agrícolas, mientras que la ley de 1973 amenazaba afectar aquellos predios cuyos propietarios no cultivaran eficientemente por lo menos el 80% de la superficie aprovechable del predio. Pero este artículo 25 no fue aplicado en la práctica, dada la movilización de los propietarios y la debilidad inicial del gobierno de Rodríguez Lara. Se estima que como consecuencia de ambas legislaciones fueron afectadas por la reforma agraria hasta 1980 aproximadamente unas 1'680,656 hectáreas sobre una superficie total cultivada que en 1974 ascendía a 7'949,403 hectáreas<sup>57/</sup>. Estas cifras son harto elocuentes en sí mismas.

<sup>57/</sup> Oswaldo Barsky, et.al., Políticas Agrarias, Colonización y Desarrollo Rural en Ecuador (Quito: CEPLAES, 1982), pp. 39-76.

#### IV. CULTURA Y DESARROLLO EN EL CONTEXTO DE LAS COMUNIDADES ANDINAS

En las páginas anteriores se ha tratado de señalar, sobre todo a partir de la experiencia peruana pero cuyas lecciones pueden ser extendidas al conjunto del área andina, las transformaciones que han ocurrido y ocurren en las áreas rurales de estos países, donde además radica un importante contingente de campesinos indígenas. Las dos dimensiones básicas de estas transformaciones son, por una parte, un importante proceso de migración del campo a la ciudad desde los comienzos de la década del 50 con la consiguiente ruralización de las ciudades y, por otra parte, la diferenciación y descomposición del campesinado que no migra y sigue en el campo, así como la transformación de los sistemas agrarios a raíz de medidas como las de la reforma agraria.

Pese a estos cambios y a las implicancias de los mismos que igualmente se han señalado páginas atrás, son los grupos campesinos de estas áreas tradicionales, y particularmente aquellos agrupados en comunidades campesinas, los que siempre han sido pensados cuando se ha tratado de reconciliar los conceptos de cultura y desarrollo, en el sentido de encontrar en los mecanismos propuestos por la cultura tradicional andina las palancas necesarias para impulsar el crecimiento de la economía de las comunidades y de las familias campesinas. Quisiera rápidamente describir tres casos en el contexto peruano, uno en el caso del Ecuador, y otro en Bolivia en respaldo de esa tesis a fin de discutir al final sus implicancias prácticas, discusión que se presenta a la vez como conclusión tentativa de este trabajo.

El primer caso corresponde a la comunidad de Taquile, ubicada en una de las islas del Lago Titicaca y con cerca de 435 familias. Es muy famosa en la actualidad por su atractivo turístico y porque este lucrativo negocio en la práctica está controlado por la propia comunidad, habiéndose constituido en una de las fuentes de su repentino bienestar.

Por su localización nadie hubiera esperado que esto ocurriera. En la década de los 20 Taquile era sobre todo conocida como sede de una cárcel para presos políticos, algunos de los cuales, como el Coronel Luis



M. Sánchez Cerro, llegarían más tarde incluso a la Presidencia del Perú. Fue la oportunidad de conocer a personajes como éstos que permitió a líderes como Prudencio y Lino Huatta entablar los primeros contactos orientados al logro de algo que inicialmente parecía insólito: la compra de los terrenos que poseían y cuya propiedad era de las haciendas<sup>58/</sup>. Fracasados esos contactos, los campesinos de Taquile no retrocedieron y mediante la movilización comunitaria del capital lograron pese a todo ser propietarios a partir de 1937. Alcanzado ese objetivo, que dice ya bastante de su dinamismo, el paso siguiente se dio en 1968 cuando bajo los consejos de los agentes del Cuerpo de Paz empezaron la comercialización de los textiles hacia el Cuzco. Los campesinos empezaron a incrementar sus contactos con el exterior y aprender de esa manera las reglas de funcionamiento del mercado.

Finalmente, desde 1976 Taquile se incorpora al circuito turístico expandiendo aún más las fronteras de sus posibilidades. El turismo implica no sólo ganancias ligadas a esta actividad, sino la posibilidad de seguir vendiendo textiles, esta vez localmente, así como la organización del transporte a través de asociaciones que controlan las 13 embarcaciones existentes. En el caso de los textiles, en los dos últimos años su venta ascendió a un promedio de 2,500 dólares mensuales, mientras que el turismo involucra a casi todas las familias de Taquile al hacer parte de las cuotas rotativas que organiza la comunidad para brindar el pedaje a quienes visitan la isla. De esa manera el arco de sus ingresos no sólo se diversifica, sino que su nivel es bastante significativo.

En el caso de Taquile, por consiguiente, uno de los elementos -- fundamentales de su cultura tradicional como es la solidaridad comunitaria fue decisivo en la movilización de los esfuerzos campesinos para adquirir la propiedad de los terrenos que cultivaban. Más tarde, igualmente, fue esta misma solidaridad la que impulsó que las ganancias derivadas del ingreso de Taquile al circuito turístico pudieran en términos re

---

58/ Véase de José Matos Mar et.al. Taquile: Comunidades de Punta (Lima: IEP, 1982) mss.

lativos estar al acceso de las familias campesinas a través de las cuotas relativas asignadas a cada uno de ellas en el hospedaje de los turistas.

En segundo caso corresponde a la comunidad de Aucallama, una comunidad con un alto porcentaje de negros y que está ubicada en el valle costero de Chancay. Aucallama en 1964 tenía 742 habitantes<sup>59/</sup> y su reconocimiento como comunidad data recién de 1931. Pero aquí el concepto de "comunidad" es bastante peculiar y su análisis sirve para mostrar el significado de este tipo de agrupamientos, por lo menos en la costa peruana. En efecto, sólo unos cuantos se recordaban a comienzos del presente siglo -- que en el lugar denominado ahora Aucallama había existido una comunidad de indígenas resultado de la política de reducción de 1551. Dada la temprana desaparición de la población indígena, sus tierras fueron rápidamente incorporadas a los latifundios aledaños. Pero en los linderos de las haciendas "San José" y "Boza" existían una centena de hectáreas de tierras eriazas donde los yanaconas de esas haciendas realizaban algunos sembríos esporádicos y pastaban sus animales. Con la expansión del algodón desde los comienzos del siglo, esta posesión fue disputada por los grandes propietarios quienes buscaron anexar la zona de "San Luis" dentro de los linderos de sus haciendas. Fue esa coyuntura la que incitó a los líderes de estos yanaconas a buscar el reconocimiento oficial de la comunidad como un mecanismo de defensa de la posesión de las tierras. Luego de ardua y prolongada disputa oficial, finalmente, en 1920 los propietarios aceptaron el reconocimiento de la propiedad de esas tierras por parte de la comunidad, situación que se refuerza en 1931 cuando el Estado reconoce oficialmente a Aucallama como comunidad de indígenas. Alentados por estas victorias, los mismos yanaconas miembros de la comunidad, conjuntamente con otros yanaconas de otras haciendas e incluso con residentes de ciudades como Huaral y Chancay, procedieron a denunciar 900 hectáreas de tierras eriazas en las afueras del pueblo de Aucallama (la zona de "San Graciano") pero que esta vez pertenecían al Estado. También esta denuncia tuvo resultados positivos para la comunidad, habiéndose producido no sólo

---

<sup>59/</sup> La información proviene de Heraclio Bonilla, "Las Comunidades Tradicionales del Valle de Chancay", tesis de bachiller en Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1964.

el reparto individual de los lotes, sino también la puesta en cultivo de una gran parte del terreno denunciado. Pero conseguida la victoria, la defensa de la comunidad pasó a un segundo plano, porque ahora esos mismos ya nacónas tenían que luchar por la propiedad de las tierras que poseían dentro de las haciendas en el contexto de una reforma agraria en marcha.

El tercer caso está representado por Huayopampa, una comunidad ubicada en las alturas del valle de Chancay, al norte de Lima.<sup>60/</sup> Tiene una población estimada de 600 habitantes y cuya economía fue transformada desde los comienzos de la década de 1940 a través de una masiva producción de frutales destinados a los mercados de Huaral y Lima. Paralelamente, se introdujeron una serie de adecuadas innovaciones técnicas que fue elevando de manera significativa la productividad de la tierra. Se diría que se trata fundamentalmente del comportamiento exitoso de un grupo de pequeños propietarios que supieron dar respuesta eficiente a los retos y a las posibilidades del mercado. Pero también aquí la tradición de comunidad se expresa en la organización de una tienda de abarrotes en Huayopampa como una forma de controlar los precios y la especulación, y la organización colectiva de una flota de camiones de transporte para abaratar los precios y eliminar a los intermediarios. Si se estima que en 1980 una hectárea de frutal (la extensión promedio poseída por cada familia) daba un ingreso mensual neto de 3'200,000 soles, (9,329 dólares) puede imaginarse la amplitud de las transformaciones económicas ocurridas en el seno de cada familia Huayopampina.

En otras palabras, lo que Huayopampa muestra es la experiencia de un grupo de campesinos particularmente capaces de dar una respuesta eficiente a los retos del mercado y su aptitud para encontrar en su acervo cultural los mecanismos para triunfar en ese desafío. Esa fue la función de la comunidad y aquello explica también el fortalecimiento de la institución en un contexto cada vez más moderno de la economía. Pero, por otra parte, este éxito hubiera sido poco probable sin la existencia de dos condiciones económicas particularmente significativas: de un lado la ido -

60/ Fernando Fuenzalida et.al., El Desafío de Huayopampa Comunero y Empresarios (Lima; IEP, 1982 2da. ed.).

neidad de los terrenos para el cultivo de los frutales dada su ubicación ecológica y, de otro, la cercanía a los mercados más activos como los de Huaral y de Lima. Asimismo, tampoco la institución comunitaria ha sido suficiente como para impedir que la modernización de la economía genere como consecuencia la agudización de la diferenciación campesina y el establecimiento de relaciones de explotación entre comuneros y peones procedentes de lugares aledaños, proceso que a la larga compromete el equilibrio social y la solidaridad hasta aquí mantenidas. En Huayopampa pareciera entonces diseñarse un proceso cuyo desenlace y consecuencias fue analizado con mucha lucidez por Luigui Ferrari al hablar de la producción quesera en el valle de Santa Eulalia-Matucana. Ferrari dice, en efecto, que "la quesería introduce en la Comunidad mecanismos de mercado (competitividad, rentabilidad, lucro) que tienen efecto demostrativo y originan -lo que ha demostrado ya la experiencia- nuevas querellas y dividen a los comuneros, incentivando el uso del poder de algunos grupos para obtener beneficios particulares"<sup>61/</sup>.

En el contexto del Ecuador andino el caso más sorprendente es -- ciertamente el de Otavalo, un cantón ubicado a aproximadamente 35 millas al norte de la capital quiteña. Con una población estimada de 45 mil habitantes, Otavalo es conocido prácticamente en el mundo entero por sus -- textiles. La producción textil había sido siempre una actividad importante en Otavalo<sup>62/</sup>, pero su ingreso al mercado contemporáneo empezó en 1917 cuando una dama de la hacienda Cusín, vecina a Peguche, dio como regalo -- un poncho a un yerno suyo. Impresionado por la belleza del estampado, el yerno buscó al productor y le ofreció entregarle una máquina española para producir textiles industrialmente, imitando los modelos escoceses. -- Para una población que desde tiempos inmemoriales supo combinar eficiente

61/ Luigui Ferrari, Un Proyecto de Cooperación Técnica en su Hora de la Verdad (Lima, 1980), p. 48.

62/ Además del trabajo clásico de John Collier y Anibal Buitrón, The Awakening Valley (Chicago: University of Chicago Press, 1949), puede también consultarse de Frank Salomon "Weavers of Otavalo" in Norman E. Whitten, Jr. Cultural Transformations of Ethnicity in Modern Ecuador (Urbana: University of Illinois Press, 1980).

mente la agricultura con la actividad textil, una vez que se supo las ventajas económicas derivadas de imitar costosos textiles importados haciendo uso de rudimentarios telares, la difusión de esta adaptación tecnológica no representó mayores dificultades. La experiencia de Otavalo, por consiguiente, muestra la capacidad de un grupo campesino de integrar una actividad esencialmente mercantil con no sólo el mantenimiento sino el refuerzo de su cultura, a la vez que ejemplifica como un grupo logró crear, con una mínima ayuda tecnológica, una tecnología flexible a sus necesidades cambiantes.

El último caso corresponde a la experiencia de la colonización en el Chapare, zona de frontera ubicada en la parte oriental del departamento de Cochabamba, en Bolivia<sup>63/</sup>. Con cerca de 35,000 habitantes en 1975, la producción de estos colonos consistía básicamente en coca, arroz, plátanos y cítricos. Tanto la adaptación en esta zona tropical de los migrantes campesinos quechuas de los otros pueblos del mismo Departamento de Cochabamba, como el éxito que alcanzaron en la producción de los productos señalados, se debió fundamentalmente a la recreación, en un nuevo contexto, de formas de colaboración recíproca como el ayni. El ayni, como se recuerda, es una institución de origen prehispánico y por lo cual una persona brinda a otra una prestación en fuerza de trabajo en la esperanza de que será retribuida con el mismo servicio cuando la necesite para una determinada actividad. Weil estima que cada unidad doméstica recibía en promedio, durante un año, cerca de 100 jornadas de trabajo<sup>64/</sup>. Estos lazos que los colonos establecieron a través de la alocación recíproca de su fuerza de trabajo cumplieron no solo funciones económicas, sino que permitieron dotar a los campesinos que apenas se conocían al comienzo y en un medio completamente nuevo, de un inédito sentido de solidaridad y de grupo. Por otra parte, para campesinos cuya migración fue el resultado de dificultades económicas en sus lugares de origen y de la esperanza

<sup>63/</sup> La información proviene de James E. Weil, "The Organization of Work - In a Quechua Pioneer Settlement: Adaptation of Highland Tradition in the Lowlands of Eastern Bolivia", (Ph.D. dissertation, University of Columbia, 1980).

<sup>64/</sup> Ibid., p. 430.

de acceder a una parcela de tierra, por consiguiente carentes al comienzo del capital necesario que se requería para la producción, esta colaboración productiva fue ciertamente indispensable para reemplazar con el trabajo la debilidad del capital. La experiencia de Chapare, además, muestra una situación paradójica y es el hecho que mientras en las zonas rurales de Bolivia una tradición tan anclada en la cultura andina como el ayni tiende a desaparecer a medida que el avance del capitalismo disloca las bases de solidaridad existentes en las comunidades andinas, el fortalecimiento de los mismos se da en contextos nuevos pero facilitado en gran parte por la tradición previa y por el reconocimiento de que solo así es posible dar una respuesta eficiente a los retos del espacio y de la economía. William J. McEwen, al término de una investigación antropológica sobre cinco comunidades de indígenas contrastaba esta experiencia y escribía que en el caso de las primeras y donde el orden social fue seriamente alterado, el conflicto y el fraccionalismo hacen inciertas y azarosas las políticas de acción comunitaria<sup>65/</sup>.

## V. A MANERA DE CONCLUSION

¿Qué conclusiones es posible obtener de la experiencia rural andina para el debate de la relación entre los conceptos entre cultura y desarrollo? Es innegable, para comenzar que los casos señalados ilustran de manera persuasiva que la cultura andina, a través de sus instituciones fundamentales, continúa operando como un parámetro de referencia en las decisiones y en la implementación de esas decisiones orientadas a otorgar una respuesta más eficiente a las condiciones cambiantes del mercado. Y que la eficiencia de esa respuesta puede traducirse en significativos incrementos en los ingresos de las familias campesinas. En particular, la instancia comunitaria socializa a sus miembros en actitudes orientadas a la colaboración y minimiza los riesgos que de otro modo tendrían que enfrentar campesinos aislados, al mismo tiempo que constituye una plataforma de partida en que las oportunidades son iguales para todos.

65/ William J. McEwen, Changing Rural Society. A Study of Communities in Bolivia (New York: Oxford University, Press, 1975) p. 416.

Pero, por otra parte, es igualmente importante reconocer que el caso de estas experiencias exitosas son justamente tales porque constituyen la excepción de un universo campesino donde la pobreza y la escasez de posibilidades constituyen más bien la norma. Aún más, incluso en el caso de aquellas en que la cultura tradicional operó como un trampolín para alcanzar cierto despegue económico, ello no fue suficiente para impedir que la expansión del progreso reproduzca en pequeño acentuadas diferenciaciones internas en sus miembros o elimine los lazos de subordinación de estos productores frente a agentes que operan en una escala más ampliada. En el caso de Huayopampa, por ejemplo, cuando los antropólogos volvieron a la comunidad en 1980, es decir 15 años después de haber realizado el estudio inicial, constataron la presencia de un importante grupo de jornaleros carentes de tierra y que requerían de la venta de su fuerza de trabajo para sobrevivir, mientras que los hijos de los campesinos fruteros más prósperos terminaban eligiendo destinos económicos y sociales que los alejaba de manera definitiva de la comunidad y de la agricultura. En el caso de Otavalo, igualmente, ha sido destacado la dependencia de varios hiladores y de los tejedores de sueters respecto a quienes les proporcionan de hilo del exterior y a contratistas que se encargan de la comercialización de sus tejidos en mercados lejanos<sup>66/</sup>.

Pero también el reconocimiento de la importancia que tienen estos elementos de la cultura tradicional no debiera, sin embargo, llevar al extremo de fetichizar el papel de la cultura tradicional en su vertiente andina. Después de todo, lo que estas diversas experiencias también enseñan es que gran parte del éxito es aplicable en términos estrictamente económicos y sin necesidad de recurrir a categorías vagas que no son susceptibles de ser analíticamente instrumentalizables. Si, por ejemplo, los campesinos de Huayopampa tuvieron éxito esto se debe a rutas adecuadas de transporte que les dieron un acceso privilegiado a los principales mercados y a la renta diferencial. Si los campesinos de los Andes, en al

66/ Peter C. Meier, "Artesanía Campesina e Integración al Mercado: Algunos Ejemplos de Otavalo, en Cristian Sepúlveda (ed.) Estructuras Agrarias y Reproducción Campesina (Quito: Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Católica, 1982), pp. 123-147.

gunos lugares, siguen accediendo a múltiples nichos ecológicos no es ciertamente debido a la presencia de un milenarismo espíritu "andino", sino al reconocimiento concreto de que es una forma de expresar su aversión al riesgo y aumentar la producción en condiciones de una debilidad tecnológica extrema.

Finalmente, en las páginas anteriores se ha aludido también a un fenómeno reciente y muy complejo derivado del éxodo masivo de esta población rural hacia las principales urbes. En estas ciudades, como se ha señalado, no sólo que se están creando expresiones culturales y formas de vida muy peculiares y que tienen también sus manifestaciones en la economía. Pero una evaluación más cuidadosa de su significado y de su potencialidad requerirá no sólo diagnósticos generales, que son los que ahora existen, sino estudios más detallados de los casos más significativos. Ahí la cultura no impulsa el desarrollo. Son situaciones, más bien, derivadas de la crisis de ambas.